

EL GÉNERO Y LAS TRAYECTORIAS HACIA LA ADULTEZ EN EL PERÚ:

EDUCACIÓN, TRABAJO Y
MATERNIDAD/PATERNIDAD

Vanessa Rojas
Gabriela Guerrero
Jimena Vargas

EL GÉNERO Y LAS TRAYECTORIAS HACIA LA ADULTEZ EN EL PERÚ: EDUCACIÓN, TRABAJO Y MATERNIDAD/PATERNIDAD

DOCUMENTO DE TRABAJO

Autoras:

Vanessa Rojas

Gabriela Guerrero

Jimena Vargas

Corrección de estilo: Carolina Teillier

Cuidado de Edición: María Fernanda Torres

Diagramación y diseño de carátula: Tania Quintana

Lima, agosto del 2017

El presente documento –[*Gendered Trajectories Through Education, Work and Parenthood in Peru*](#)– fue elaborado y publicado en inglés originalmente por Niños del Milenio/Young Lives, coordinado desde el Departamento de Desarrollo Internacional de la Universidad de Oxford. Su traducción al español, edición y difusión en el Perú está a cargo del Proyecto Fortalecimiento de la Gestión de la Educación en el Perú (FORGE), que es implementado por el Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE) con el apoyo técnico y financiero del Gobierno de Canadá a través de Global Affairs Canada. (Proyecto N° A-034597)

Las opiniones y recomendaciones vertidas en este documento son responsabilidad de sus autoras y no representan necesariamente los puntos de vista de GRADE ni de las instituciones auspiciadoras.

Sobre Niños del Milenio/ Young Lives

Niños del Milenio (www.ninosdelmilenio.org), conocido internacionalmente como Young Lives (www.younglives.org.uk), es una investigación de largo plazo que se realiza en cuatro países en vías de desarrollo —Perú, Etiopía, Vietnam e India (en los estados de Andhra Pradesh y Telangana)—, con el fin de producir información nueva y confiable que permita entender las causas y consecuencias de la pobreza en la infancia, además de contribuir al diseño y mejoramiento de las políticas públicas orientadas a los niños, niñas y jóvenes.

Realizamos un seguimiento a un total de 12 000 niños y niñas por quince años: cerca de 3000 en cada país. A través de entrevistas y trabajos grupales con los niños y niñas, sus padres, maestros, autoridades locales y otros, recopilamos información sobre sus condiciones materiales y sociales, sus perspectivas de vida y sus aspiraciones. Con la información recolectada, producimos informes, difundimos los hallazgos y organizamos foros para intercambiar ideas con actores del Estado, la sociedad civil y la academia.

En cada uno de los países donde se realiza el estudio, Niños del Milenio sigue a dos grupos de niños y niñas: alrededor de dos mil niños que nacieron entre el 2001 y el 2002 y cerca de mil niños que lo hicieron entre 1994 y 1995. Los niños más pequeños son visitados desde su infancia hasta la mitad de su adolescencia y los otros desde la niñez hasta su adultez, en la que algunos se convertirán en padres. Cuando esta información se compare con los datos que brindaron sus padres, podremos ofrecer evidencia de la transferencia intergeneracional de la pobreza, cómo las familias que se encuentran cerca de los límites de pobreza se mueven dentro o fuera de ella y las políticas que pudieron causar particular diferencia en sus vidas.

Niños del Milenio / Young Lives es posible gracias a la colaboración entre instituciones gubernamentales y centros de investigación en los cuatro países integrantes, y la Universidad de Oxford. En el Perú, Niños del Milenio está a cargo del Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE) y el Instituto de Investigación Nutricional (IIN); y su financiamiento entre los años 2001 y 2017 proviene del Departamento de Desarrollo Internacional (DFID) del Reino Unido para el beneficio de países en vías de desarrollo.

Sobre las autoras

Vanessa Rojas es investigadora adjunta del Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE) en Lima, e investigadora cualitativa principal en el estudio Niños del Milenio en el Perú. Gabriela Guerrero es investigadora principal de GRADE y asesora de investigación para el componente cualitativo de Niños del Milenio en el Perú. Jimena Vargas es estudiante de maestría del Instituto de Estudios Políticos de París (Sciences PoFrancia); antes se desempeñó como asistente de investigación en GRADE.

Agradecimientos

Queremos agradecer a los jóvenes y a los cuidadores que participaron en el componente cualitativo de este estudio así como a los equipos de Niños del Milenio en Oxford y en el Perú. Agradecemos especialmente a Gina Crivello, quien planteó comentarios muy útiles a versiones previas de este documento, y a Sayuri Leandro, quien nos asistió en la investigación. También queremos agradecer a los trabajadores de campo que participaron en la recolección de información para las rondas de encuestas cualitativas.

Este documento de trabajo fue publicado originalmente en inglés por Young Lives en la Universidad de Oxford. Las autoras agradecen el apoyo del Proyecto Fortalecimiento de la Gestión de la Educación en el Perú (FORGE) para la traducción al español y la difusión de este documento en el Perú.



Contenido

Resumen	6
Introducción	8
1. Políticas para la juventud en el Perú	9
2. La investigación sobre jóvenes en el Perú	10
2.1. Educación terciaria	10
2.2. Empleo juvenil	11
2.3. Maternidad/paternidad temprana	13
3. Sobre Niños del Milenio: muestra del estudio y metodología	14
4. Resumen de resultados de la cohorte mayor a los 19 años de edad	16
5. Siguiendo las trayectorias individuales de la adolescencia a la adultez temprana: escuela, trabajo y convivencia/matrimonio	19
5.1. Trayectorias educativas	21
5.2. Trayectorias laborales	27
5.3. Trayectorias de convivencia/matrimonio y maternidad/paternidad	30
6. Discusión sobre los principales hallazgos	33
6.1 El género moldea en mayor medida las trayectorias hacia la adultez en contextos de bajos ingresos	33
6.2. El apoyo familiar cumple un rol importante en las trayectorias	35
6.3. Las trayectorias educativas y laborales no necesariamente contribuyen al desarrollo personal y profesional	36
7. Conclusiones e implicancias políticas	37
Referencias bibliográficas	39
Apéndice: descripción de los lugares	42
Rioja	42
Andahuaylas	42
San Román	42
Villa María del Triunfo	43

Resumen

En este documento examinamos cómo el género afecta las trayectorias educativas, laborales y de maternidad/paternidad de una muestra de jóvenes que crecen en situación de pobreza en el Perú. Reportamos los resultados y las trayectorias de 26 miembros de la cohorte mayor que participaron en la investigación cualitativa del estudio longitudinal Niños del Milenio entre el año 2007 y el 2014, cuando tenían de 13 a 20 años de edad, y combinamos este análisis con estadísticas descriptivas de la muestra más amplia de la encuesta de la cohorte mayor de Niños del Milenio.

- De acuerdo con la cuarta ronda de la encuesta de Niños del Milenio, a los 19 años el 70% de la cohorte mayor había completado la educación secundaria, mientras que el 39% había empezado la educación terciaria. Quienes provenían de familias más pobres o de zonas rurales tuvieron menores probabilidades que sus pares de culminar la escuela, pero no encontramos evidencia de diferencias étnicas o de género en las tasas de culminación escolar.
- Los resultados del análisis cualitativo muestran que el género fue importante para las trayectorias en las familias con recursos económicos limitados, tanto en los escenarios rurales como en los urbanos. Además, el estudio muestra que el rol de la familia puede ser muy importante en las decisiones sobre el futuro de cada joven.
- Aunque no se hallaron diferencias de género en las trayectorias educativas durante la primaria y la secundaria, este estudio encontró que en el nivel postsecundario las familias de bajos ingresos suelen priorizar la educación de los varones. Los resultados muestran que quienes viven en áreas rurales y desean seguir estudios postsecundarios pueden también decidir trabajar, pero que sus empleos temporales los exponen a situaciones de riesgo y maltrato, especialmente si son mujeres.
- En las zonas rurales, las normas sociales relacionadas con el género son importantes para comprender por qué trabajar es la trayectoria más común para los jóvenes varones: el trabajo es algo positivo para ellos porque los posiciona como proveedores. En las zonas urbanas, en cambio, la idea de su participación en el mercado laboral difiere, así como las expectativas de sus familias: los padres intentan posponer el acceso de sus hijos al dinero para mantenerlos alejados de las drogas, el alcohol y las pandillas, que podrían llevarlos por un «mal camino».
- Los resultados referidos a la transición hacia la maternidad o paternidad muestran claras diferencias entre las experiencias de los varones y las mujeres que se convierten en padres o esperan un hijo a temprana edad: la situación de ellas es peor. Ellos están más protegidos por sus progenitores, quienes los apoyan emocional y económicamente en la experiencia de empezar una nueva familia.

En el Perú hay grandes disparidades en los caminos de la gente joven hacia la vida adulta. Por ello, es necesario fortalecer las políticas públicas que promueven su acceso a la educación terciaria, incorporando, además, una perspectiva de género. Se debe proveer información y orientación sobre empleos y carreras, de modo que varones y mujeres jóvenes puedan acceder a empleos con mejores condiciones laborales. Los empleos habitualmente disponibles en el mercado de trabajo les ofrecen pocas o nulas oportunidades para aprender y desarrollarse. Las jóvenes rurales y las madres adolescentes son grupos vulnerables, y se deberían diseñar becas educativas específicas para ayudarlas a transitar hacia la educación terciaria.

Introducción

En el Perú, la población joven —esto es, las personas de 15 a 29 años de edad— constituye casi una cuarta parte de la población total del país (24,7%). La mayor proporción de integrantes de este grupo (41,1%) tienen de 15 a 19 años (Espinoza-Lecca y Choque-Larrauri 2015), lo que significa que deberían haber terminado la educación secundaria y transitado hacia la educación terciaria o al mercado laboral.

De acuerdo con la Encuesta Nacional de Hogares,¹ el porcentaje de jóvenes de 17 a 24 años que acceden a una educación terciaria se incrementó de 14,6% en 1985 a alrededor de 30% en el 2014. Sin embargo, estos porcentajes tienden a ocultar disparidades importantes. Un análisis desagregado según quintiles de ingresos muestra claramente que las tasas de matrícula se incrementaron sobre todo en los quintiles más ricos del gasto per cápita (Díaz 2008). Mientras tanto, los varones y las mujeres jóvenes que además son indígenas o pobres y viven en zonas rurales, y aquellos con padres que recibieron una escasa educación formal, tienen menos probabilidades de acceder a una educación superior (León y Sugimaru 2013; Castro y Yamada 2011). Tal como lo señalan Cueto y otros, «la vida es mucho más difícil en el Perú para un niño que es pobre, que vive en una zona rural, que tiene una madre con escasa educación o que pertenece a un grupo indígena; la diferencia de género es también relevante en algunas circunstancias» (2011: 12).

A pesar de que las tasas de acceso a la educación superior se incrementaron en el país durante los últimos años, son considerablemente menores que las tasas promedio de América Latina y el Caribe (45%: CEPAL 2013) y de los países de la Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (60%: OCDE 2014). En el Perú, solo una minoría (30%) transitó hacia una institución de educación terciaria; la mayoría ingresó al mercado laboral. De acuerdo con el Instituto Nacional de Estadística e Informática (INEI), 60% de varones y mujeres de 15 a 29 años pertenecen a la población económicamente activa (PEA). En relación con esto, existe una brecha de género —favorable a los varones— en términos de participación en el mercado de trabajo. Esto podría vincularse con una mayor participación de mujeres y niñas en labores no remuneradas, y con una mayor probabilidad de maternidad adolescente. En cuanto a lo primero, la participación en trabajo no remunerado doméstico —entendido como ayuda no pagada prestada a un negocio o empresa familiar— es significativamente más alta entre niñas y mujeres jóvenes: 17,7%, frente a 6,4% de los varones jóvenes. Además, en el país la tasa de embarazo entre mujeres de 15 a 19 años es de 15%, de acuerdo con el Fondo de Naciones Unidas para la Población (UNFPA 2015), y es incluso más alta entre mujeres de contextos rurales: 20%.

En este escenario dinámico, el presente documento explora las transiciones y rutas que se entrelazan entre la escolaridad, el trabajo y la maternidad/paternidad, con un foco especial en cómo el género afecta las trayectorias hacia la vida adulta, en una muestra de jóvenes que crecen en situación de pobreza y que forman parte del estudio de Niños del Milenio en el Perú.² Reportamos los resultados y las trayectorias de los miembros de la cohorte mayor que participaron en la investigación cualitativa del estudio longitudinal del 2007 al 2014, cuando tenían de 13 a 20 años, y combinamos este análisis cualitativo con estadísticas descriptivas de una encuesta de la muestra más amplia de la cohorte mayor de Niños del Milenio.

1 <<https://www.inei.gob.pe/estadisticas/indice-tematico/education>>.

2 <www.ninosdelmilenio.org>.

El artículo tiene ocho secciones, incluida esta introducción. En la sección 2 se provee una visión de conjunto sobre las políticas públicas dirigidas a la juventud del país, mientras que en la sección 3 se revisan investigaciones previas sobre este mismo sector. La muestra y la metodología de Niños del Milenio se explican en la sección 4. En la sección 5 se presenta una visión de conjunto de los resultados de la cohorte mayor a los 19 años, con énfasis en las trayectorias relacionadas con educación, trabajo y convivencia/matrimonio o maternidad/paternidad, y se describen las diferencias según género, ubicación, etnicidad y nivel socioeconómico. Los resultados de la submuestra concernientes a las tres trayectorias se presentan en la sección 6 y se discuten en la sección 7. Finalmente, en la sección 8 se provee una conclusión general, así como las implicancias de política de este análisis.

1. Políticas para la juventud en el Perú

El gobierno peruano tiene varias líneas de acción para proteger a su amplia población joven. Dos son las principales iniciativas de ámbito nacional: el Plan Nacional de Acción por la Infancia y la Adolescencia (PNAIA) y el Plan de Igualdad de Género (PLANIG). El primero busca coordinar políticas públicas para la niñez y la juventud y generar conciencia sobre ambas en la sociedad civil, con un enfoque de inclusión y equidad. El segundo promueve la igualdad de género en todas las políticas públicas —vinculadas, entre otros sectores, a educación, salud, empleo y participación política— y para todas las edades.

El 2011 se formó, además, la Secretaría Nacional de la Juventud (SENAJU), para que se enfocara en asuntos juveniles al interior del gobierno. Con el auspicio del Ministerio de Educación, la SENAJU tiene la responsabilidad de formular e implementar políticas nacionales referidas a este sector. Sus objetivos estratégicos son, entre otros, incrementar su participación en los procesos gubernamentales de toma de decisiones y garantizar su acceso a la educación secundaria y terciaria, así como a servicios integrales de salud y empleo decente. En cuanto a temas de género, el diseño del plan pretendió identificar las desigualdades entre hombres y mujeres —de índole social, económica o cultural— que estarían perjudicando a este último grupo.

Las políticas públicas del gobierno se traducen, por ende, en dos tipos de programas sociales: aquellos que se enfocan en el acceso de la población joven al mercado laboral, y aquellos que ponen énfasis en el acceso a la educación secundaria y terciaria (universitaria o técnica). La primera categoría incluye programas del Ministerio de Trabajo —como Jóvenes Productivos, Trabaja Perú e Impulsa Perú— que apoyan a jóvenes que viven en situación de pobreza, otorgándoles ayuda financiera y construyendo su «capital humano» mediante talleres técnicos y de negocios, con el objetivo de facilitar su entrada al mercado laboral. En la segunda categoría de programas encontramos intervenciones orientadas a cerrar las brechas educativas entre jóvenes más ricos y más pobres, tales como Beca 18 y Beca Doble Oportunidad. Beca 18 otorga becas de acceso a educación superior a jóvenes que viven en situación de pobreza o que se encuentran en una posición vulnerable debido a sus orígenes —por ejemplo, indígena—, localización —por ejemplo, rural— o condiciones físicas —por ejemplo, con discapacidad— que, no obstante, han mantenido un buen desempeño escolar. El programa Beca Doble Oportunidad está dirigido a jóvenes de 17 a 25 años que abandonaron la secundaria, para darles la posibilidad de volver y terminarla, a la vez que se les provee de educación técnica en sus propias regiones.

2. La investigación sobre jóvenes en el Perú

La investigación sobre jóvenes realizada en el Perú se ha focalizado en un abanico de temas que incluyen participación política, conductas de riesgo, ingreso al mercado laboral y acceso a la educación superior. Aquí resaltamos algunos estudios claves de la investigación relacionada con la educación superior, el mercado laboral y la maternidad/paternidad, debido a que se conectan de manera más directa con los aspectos de las transiciones juveniles que interesan a este estudio.

2.1. Educación terciaria³

La mayor parte de la investigación dedicada a la educación terciaria en el Perú está relacionada con el acceso. Un ejemplo es el estudio de León y Sugimaru del 2013, que examina los caminos seguidos después de la escuela secundaria. Utilizando datos de la Encuesta Nacional de Hogares (ENAH) 2004-2011, los autores encuentran que en el Perú solo el 22% de la población juvenil sigue estudios terciarios, mientras que el 38% trabaja y el 41% ni estudia ni trabaja. Los autores sostienen que los costos de los estudios superiores limitan la capacidad de continuar con la educación.

Un estudio longitudinal de estudiantes de colegios secundarios públicos y privados de Lima realizado por Guerrero (2013), que examina los efectos de características individuales y de la escuela sobre la decisión de continuar o no estudiando, encuentra que quienes tienen al menos uno de sus padres con educación terciaria, poseen el doble de probabilidades de seguir estudiando que quienes tienen padres con solo educación secundaria. Asimismo, quienes reciben apoyo en sus escuelas (charlas de orientación, preparación para pruebas de admisión, etcétera) tienen más probabilidades de continuar educándose.

Algunos estudios abordan el tema del acceso a la educación terciaria desde una perspectiva de género, usando principalmente información cuantitativa. Garavito y Carrillo (2004) hallan que la participación femenina en la educación superior se incrementó sustancialmente desde los años 80. A pesar de que aún había más hombres que mujeres en la universidad, encuentran una ligera predominancia de mujeres cursando estudios técnicos; notan, además, que las tasas de culminación de estudios de las mujeres son más altas en ambos tipos de educación.

De manera similar, un estudio sobre brechas étnicas y de género en el acceso a la educación básica y terciaria, llevado a cabo por Castro y Yamada (2011), observa que las brechas de género habían casi desaparecido en el transcurso de los anteriores cincuenta años, al punto de que, al momento del estudio, no existía diferencia entre los porcentajes de hombres y mujeres que lograban completar exitosamente su educación terciaria.

Más recientemente, Salazar y Manco (2015), al analizar información del INEI, del Censo Nacional Universitario, del Compendio Estadístico del Perú 2013 y de la Encuesta Nacional de Juventudes del 2011, hallan que muchas brechas de acceso a la educación superior se redujeron, especialmente las asociadas al género, pero que persisten las brechas entre estudiantes de distintos orígenes étnicos. En relación con la brecha

³ En el Perú hay dos tipos de educación terciaria: universitaria y no universitaria. En el segundo caso, se puede elegir entre un instituto pedagógico (ISP), un instituto tecnológico (IST) o una escuela de arte (EFA). Hay diferencias significativas entre estos dos tipos de educación terciaria en términos de la duración de los estudios. Mientras que obtener un grado universitario es posible luego de cinco o más años de estudios (dependiendo de la carrera), un título de técnico profesional en IST o EFA se puede obtener en tres años (Guerrero y otros 2016: 8).

de género, identifican una considerable reducción en cuanto a acceso a educación terciaria en los últimos cincuenta años (la diferencia, al momento de su estudio, es mínima: 2,2%). Aunque el número de mujeres con acceso a una educación terciaria era todavía ligeramente menor que el de los hombres, las tasas de graduación mostraban un porcentaje a favor de ellas.

Existen menos estudios desde una perspectiva cualitativa, y la mayor parte de estos se centran en escuelas primarias y secundarias (Muñoz y otros 2006). Aun así, Ames (2014) usó información cualitativa del estudio peruano de Niños del Milenio y mostró cómo las niñas rurales tenían mayores aspiraciones educativas que sus madres; las niñas valoraban la educación superior porque la asociaban con movilidad social y la veían como un medio potencial de superar relaciones opresivas de género. Las niñas creían que la educación las volvería económicamente independientes y que, por lo tanto, en el futuro no estarían controladas por sus parejas.

También hay estudios sobre el tipo de educación terciaria ofrecida en el Perú. Benavides y otros (2015) resaltan que quienes provienen de familias de estratos socioeconómicos más bajos tienen una mayor tendencia a estudiar en institutos o universidades no necesariamente regulados por el Ministerio de Educación; por ende, la calidad de educación que reciben probablemente no sea la más adecuada. Yamada escribió en el 2007 que los estudios universitarios ofrecían mayores retornos sociales e individuales a la inversión financiera que los estudios en institutos técnicos.

2.2. Empleo juvenil

En cuanto a los rumbos en el mercado laboral, Chacaltana y Ruiz (2012) analizan la Encuesta Nacional Juvenil del 2011 y encuentran que solo 23% trabaja en empleos relacionados con sus estudios, mientras que 35% lo hace en empleos no relacionados con los mismos. Es más, quienes son menores y tienen menos experiencia fracasan en el intento de convertir sus ideas de negocio en una realidad. Además, casi la mitad tienen la expectativa de emigrar. Utilizando información de la ENAHO del 2011, los autores hallan que solo 20% de los varones y las mujeres jóvenes que trabajan tienen protección social, y que su salario promedio es muy cercano al mínimo (entre 600 y 700 soles al mes). Solo 34,2% de quienes reciben un salario tienen un contrato, y de este grupo solo 5% posee un contrato permanente. El estudio concluye que los primeros trabajos a los que acceden son generalmente «precarios» —un negocio pequeño o un negocio familiar—, lo que podría poner en riesgo su futura trayectoria laboral.

Boyd (2014a) compara el ingreso al mercado laboral de jóvenes de contextos rurales con los de contextos urbanos del país. Mirando los datos de la Encuesta Nacional Juvenil del 2011, el autor observa diferencias entre los tipos de trabajo de los dos contextos: 64% de jóvenes provenientes de contextos urbanos trabajan para un empleador, 24% para sí y 12% para sus familias sin percibir una remuneración. En cambio, 39% de jóvenes de lugares rurales trabajan para un empleador, 22% para sí y 39% para sus familias sin percibir remuneraciones. La autora menciona que la elevada tasa de jóvenes de contextos rurales que trabajan para sus familias sin percibir remuneración (39%) podría estar revelando algo sobre la naturaleza de la toma de decisiones en las familias rurales y sobre el limitado poder de los varones y las mujeres jóvenes en el contexto familiar; en otras palabras, la familia decide qué deben hacer, de acuerdo con los beneficios que esto puede brindarle a todo el hogar. Esta situación es más complicada para las mujeres jóvenes de las zonas rurales: una gran proporción —en comparación con los varones— trabaja para la familia sin remuneración

(42%), tiene más hijos que los hombres y se casa a una edad menor que ellos. La decisión acerca de si deben o no participar en el mercado laboral (o estudiar) se estaría tomando en el hogar. Además, el alto número de jóvenes que laboran con su familia en zonas rurales sugiere que el valor de este tipo de trabajo no remunerado es mayor que el del sueldo que pudieran percibir en el mercado laboral.

Otro estudio de Boyd (2014b) utiliza los censos nacionales de 1961 al 2007 con el propósito de analizar si las mujeres de zonas rurales conservaban las mismas características que sus madres y abuelas cuando tenían su misma edad. En términos de trabajo, la autora señala que muchas mujeres rurales practicaban actividades relacionadas con la economía del cuidado o realizaban en su casa trabajos no remunerados; por lo tanto, al ser encuestadas, se reportaron como desempleadas, lo cual podría explicar por qué la tasa de actividad económica no cambió mucho en los últimos años comprendidos en su estudio. Boyd sostiene que la poca variación también se explicaría por que más mujeres rurales estaban invirtiendo su tiempo en estudiar en el nivel terciario.

Tomando en consideración el género, otros estudios reflexionan en torno al trabajo y los grupos vulnerables en el Perú; es el caso de Jaramillo y otros (2007). Los autores señalan que ha habido un crecimiento consistente en la participación de las mujeres en el mercado laboral; sin embargo, aún existe una alta segregación que designa algunas ocupaciones como más comunes para mujeres (educación, enfermería, trabajo secretarial, etcétera) y otras como típicas para varones. Esto termina ejerciendo un efecto en las brechas salariales por género: las labores realizadas por hombres tienen un mayor valor económico que aquellas que ejecutan las mujeres.

Aunque pocos estudios cualitativos exploran las diferencias de género en el mercado laboral juvenil, un estudio de Fuller realizado en el 2001 en tres ciudades peruanas aporta importantes percepciones sobre los vínculos entre masculinidad y trabajo. La autora sugiere que el trabajo es un aspecto importante de la identidad masculina en el Perú; sin embargo, adquiere distintos sentidos según la edad. Cuando son jóvenes, los hombres perciben el trabajo como una manera de obtener independencia de sus padres; es la llave de ingreso al mundo masculino, porque permite adquirir los principales atributos de la edad adulta: ser el proveedor de su familia y estar en iguales términos que otros hombres. Cuando se convierten en mayores, el trabajo obtiene un significado más profundo: se convierten en «verdaderos hombres» que pueden mantener a sus familias y, por lo tanto, son la autoridad del hogar. No está bien visto que un hombre no trabaje o no sea responsable de pagar las cuentas. Las mujeres también pueden trabajar, pero sus ingresos económicos se consideran una pequeña contribución al presupuesto familiar. Fuller sostiene que los hombres jóvenes que vienen de contextos de pobreza tienden a pasar por esta etapa más temprano en sus vidas, pero que esto genera una contradicción: el trabajo les da los medios para mantener a una familia, algo que los hace sentir orgullosos y satisfechos pero que también puede hacer que dejen de lado su deseo de continuar estudiando o de ahorrar dinero, dos importantes requisitos para la movilidad social y económica.

2.3. Maternidad/paternidad temprana

La mayor parte de los estudios sobre embarazos adolescentes en el Perú provienen de investigaciones médicas. Tal como se ha mencionado, el embarazo adolescente es una cuestión importante en el país, especialmente considerando que 59% de las madres de 15 a 29 años indicaron en el 2014 que hubieran deseado

postergar su maternidad (UNFPA 2015). El estudio del 2010 de Binstock y Näslund-Hadley, en Asunción y Lima, intenta comprender las causas de la tasa de embarazos adolescentes en ambas ciudades. De acuerdo con las autoras, una característica principal de las madres adolescentes es su falta de conocimiento y utilización de anticonceptivos: la mayoría de ellas no usaba ningún método anticonceptivo o lo usaban de manera intermitente, lo cual explica por qué muchas se embarazaron poco tiempo después de haber tenido relaciones sexuales por primera vez. La muestra del estudio en Lima comprende a cuarenta niñas y mujeres de la ciudad y la mayoría declararon haber recibido información sobre sexo a través de sus pares. En la escuela solo recibieron charlas esporádicas, dirigidas a una clase entera, y se sintieron demasiado incómodas y avergonzadas para preguntar. En sus casas, la información era aún más restringida: por lo general, los padres intentaban ejercer control sobre ellas no permitiéndoles salir con chicos o tener relaciones románticas, porque temían que quedaran embarazadas. La falta de uso de anticonceptivos es también un tema abordado por Huaita (2011), quien sugiere que en las áreas rurales del Perú las jóvenes empiezan a tener relaciones sexuales a menor edad (16-17 años) que el promedio en el país (18 años). Estos encuentros sexuales suelen ser casuales y a veces inesperados; por lo tanto, el uso de anticonceptivos tiende a ser bajo entre este grupo de jóvenes.

Complementando este debate, Nóbrega (2009) estudia las percepciones sobre el embarazo adolescente de 25 madres adolescentes y de otro grupo de similar edad y del mismo barrio de Lima, que no eran madres o padres. La autora concluye que el embarazo ocasiona diversos impactos en las vidas de las jóvenes. Encuentra que la maternidad puede significar una oportunidad para el cambio: muchas jóvenes del estudio mencionan que se sienten más responsables y con ganas de lograr sus objetivos desde que tienen un hijo que depende de ellas. Sin embargo, aunque la maternidad puede ser una oportunidad de cambio, Nóbrega descubre que uno de los impactos más fuertes de la maternidad temprana, desde el punto de vista de los adolescentes, es la discriminación que sufren las jóvenes madres. Además, menciona que esas percepciones negativas colocan a las madres en situación de vulnerabilidad en relación con otras jóvenes y las convierten en objetos de discriminación, junto con sus hijos.

Existen también otros estudios que tratan los efectos de la maternidad en la vida de adolescentes. Mendoza y Subiría (2013) realizan una investigación cuantitativa sobre el embarazo adolescente utilizando la base de datos del INEI (desde 1991 hasta el 2012) y analizan de qué manera cambió la situación del Perú en esos años y qué adolescentes estaban en una posición más vulnerable. De acuerdo con los autores, el embarazo adolescente afecta especialmente a mujeres de contextos pobres y rurales. En este escenario, las mujeres no están en condiciones de aprovechar al máximo las oportunidades de educación y trabajo disponibles —de por sí ya limitadas—. Esto contribuye a la transmisión de la pobreza intergeneracional, porque las madres jóvenes a menudo tienen dificultades para encontrar trabajo; y cuando lo encuentran, no gozan de condiciones laborales adecuadas. Más aún, Chacaltana y Ruiz (2012) afirman que en el Perú 65% de los jóvenes varones, de 29 o menos años de edad, ya han sido padres, porcentaje mayor en el caso de las mujeres: 80% han sido madres a esa misma edad. Ellos creen que la maternidad/paternidad limita su experiencia laboral, lo que podría tener un efecto en el futuro. Usando datos de la Encuesta Nacional Juvenil Peruana (ENAJUV) del 2011, comentan que 22% de las mujeres jóvenes y adultas no cursaron educación superior debido a sus tareas domésticas y embarazos. El compromiso con las tareas domésticas es también la principal razón de que las mujeres no busquen un trabajo (29%).

También están vinculadas a este tema las ideas de Anderson (2007) acerca de la economía del cuidado. La autora sugiere que en muchas sociedades las actividades domésticas y las responsabilidades familiares han sido delegadas a las mujeres: las mujeres asumen el rol de administradoras del hogar. Tal división del trabajo las pone en desventaja porque no les permite participar en el mercado laboral. Esto explica por qué a veces las mujeres tienen relaciones relativamente desiguales con sus parejas, puesto que no son capaces de acumular los recursos que les permitirían ser más independientes.

No hay muchos estudios que tomen en cuenta qué implicancias tiene la paternidad para las vidas de los jóvenes varones; la mayoría se enfocan en la maternidad. No obstante, Fuller (2001) encuentra que la paternidad es uno de los ejes principales de la masculinidad. Una vez que el hombre es padre, se convierte en adulto y obtiene reconocimiento social. Asimismo, la relación con su pareja se redefine con la paternidad. Se transforma en algo central de su vida y, por lo tanto, le da más importancia que a las relaciones con su familia o sus amigos. La autora sostiene que la mayoría de los padres jóvenes sienten que renunciaron a sus intereses personales una vez que se convirtieron en progenitores: tienen que trabajar y no pueden lograr sus metas personales y profesionales. El hecho de haber sacrificado sus intereses personales por su familia les da derecho, afirman, a reclamar respeto y obediencia en casa.

Esta revisión de la literatura indica que la mayor parte de la investigación sobre la juventud peruana ha sido conducida, hasta ahora, desde una perspectiva cuantitativa, y pone en evidencia importantes brechas entre hombres y mujeres en las áreas de educación, empleo y maternidad/paternidad juvenil. Existen menos estudios desde una perspectiva cualitativa y casi no se encuentra evidencia de estudios longitudinales que analicen cómo el género marca las trayectorias hacia la vida adulta.

3. Sobre Niños del Milenio: muestra del estudio y metodología

Niños del Milenio (conocido como Young Lives en los países angloparlantes) es un estudio internacional sobre pobreza infantil que involucra a doce mil niños de cuatro países en el lapso de quince años. Está dirigido por un equipo del Departamento de Desarrollo Internacional de la Universidad de Oxford y las investigaciones se llevan a cabo, en su mayor parte, en los cuatro países del estudio: Etiopía, India (Andhra Pradesh y Telangana), Perú y Vietnam. Existen dos cohortes de niños en cada país: una cohorte menor, que consiste en dos mil niños nacidos entre el 2001 y mediados del 2002, y una cohorte mayor, que compromete a alrededor de mil niños nacidos entre 1994 y mediados de 1995. Las encuestas dirigidas a los niños y sus familias están complementadas por una serie paralela de investigaciones cualitativas focalizadas en los niños. La información analizada en este documento proviene principalmente del componente cualitativo obtenido en un período de siete años —desde el 2007— con una muestra anidada de niños de la cohorte mayor de Niños del Milenio.

En el Perú, la investigación cualitativa se condujo en cuatro localidades que difieren en lo referido a zona de residencia (rural o urbana), ubicación geográfica, pobreza e impacto de la violencia política (zona de posconflicto o no).⁴ Rioja y Andahuaylas⁵ son espacios rurales ubicados, respectivamente, en la zona norte

4 Para mayores detalles, véase el apéndice.

5 Nombres cambiados con el fin de proteger el anonimato: la denominación de la localidad se reemplaza por el nombre de la provincia donde está el lugar del estudio; o, si la población de la localidad supera las 40 000 personas, por el nombre del distrito.

de la selva y en la sierra sur del Perú. San Román y Villa María del Triunfo son zonas urbanas ubicadas la primera en el sur altoandino y la segunda en Lima, la capital de Perú. Para este estudio hemos examinado los datos de una submuestra de la cohorte mayor de Niños de Milenio en cada una de estas localidades, submuestra compuesta por 26 jóvenes que tenían alrededor de 13 años de edad en el 2007 y de 18 a 20 años en el 2014 (tabla 1).

TABLA 1
Submuestra de la cohorte mayor de Niños del Milenio, por género y zona de residencia

	Varones	Mujeres	Total
Rural	8	6	14
Urbana	6	6	12
Total	14	12	26

Desde un inicio, el componente cualitativo de Niños del Milenio buscó recolectar información en relación con tres temas: transiciones, bienestar y acceso a servicios durante la niñez. Para abordarlos se desarrolló una metodología cualitativa con técnicas múltiples de recolección de datos (Ames y otros 2010, Crivello y otros 2013), inspirada en las tendencias actuales de los estudios sobre la niñez (Darbyshire y otros 2005, Clark y Moss 2001, Docket y Perry 2005). La recolección de datos cualitativos se basó en entrevistas individuales a profundidad, breves observaciones etnográficas y una selección de métodos participativos.

Las entrevistas individuales a profundidad abordaron las percepciones de cada joven sobre diferentes aspectos de su vida en cuanto a cómo vivía y cómo percibía los cambios a través del tiempo (incluido su uso de este), experiencias escolares y laborales, aspiraciones (educativas, maritales, etcétera), relaciones familiares y estatus e identidad (maternidad/ paternidad, etcétera). Breves observaciones etnográficas capturaron distintos aspectos de sus vidas y entornos cotidianos (escuela, actividades del hogar y otras actividades diarias), a fin de lograr un mejor entendimiento de aquello que los participantes describían en sus narrativas.

La información se reunió, para este texto, en cuatro rondas de recolección de datos cualitativos: 2007, 2008, 2011 y 2014. Esto brinda una perspectiva longitudinal que nos permite documentar los cambios y continuidades experimentados por este grupo de jóvenes, desde una perspectiva de curso de vida de sus trayectorias educativas, laborales y de maternidad/paternidad.

4. Resumen de resultados de la cohorte mayor a los 19 años de edad

El estudio de Niños del Milenio en el Perú ha seguido las vidas de la cohorte mayor desde el 2002, cuando sus integrantes tenían entre 7 y 8 años. En el momento de las encuestas de la Ronda 4 (2013), había 631 jóvenes en la muestra y tenían de 18 a 19 años. Habían llegado a un momento de sus vidas en el que se enfrentaban a retos y decisiones críticas. La mayoría habían terminado la secundaria y transitaban hacia el mercado laboral, la educación superior o, en algunos casos, hacia ambos a la vez. Algunos también se

habían convertido en padres. Esta sección presenta una mirada general de los resultados de la cohorte mayor a los 19 años, enfocándose en aquellos que se relacionan con la educación, el trabajo y la convivencia/matrimonio o la maternidad/paternidad, y describiendo diferencias referidas a género, ubicación, etnicidad y estatus socioeconómico.

En cuanto a la educación, 69,8% habían completado la educación secundaria y 12% estaban aún cursándola (los que nacieron más tarde, principalmente). Sin embargo, 18% habían dejado el colegio antes de terminarlo (tabla 2). Quienes provenían de familias más pobres o de zonas rurales tenían menos probabilidades de haber completado la escuela, pero no encontramos evidencia alguna de diferencias de género o étnicas en lo que se refiere a las tasas de culminación de su escolaridad.

Hacia el 2013, 39% habían empezado su educación terciaria, ya fuese en la universidad (17%) o en un instituto tecnológico (22%). De este grupo, 50% estudiaban y trabajaban a la vez, probablemente para cubrir el costo de sus estudios. Cierta información cualitativa analizada más adelante en este documento puede dar algunas luces sobre cómo lograban realizar estas actividades al mismo tiempo y las razones que había detrás de esto.

También en cuanto al acceso a la educación, es interesante notar que, a pesar de que 90% habían declarado en el 2009 (Ronda 3) que aspiraban a tener educación superior, cuatro años después solo un porcentaje mucho menor estaba realmente materializando esa aspiración. En este sentido, la información cualitativa brinda percepciones valiosas concernientes a las principales barreras o retos que enfrentan en su transición a la educación terciaria. Tomando en cuenta la información de las encuestas, es claro que quienes provienen de familias más acomodadas tienen mayores probabilidades de ir a la universidad (35%) que quienes provienen de familias más pobres (solo 3%). También existen diferencias cuando la información se desagrega por género, a favor de los varones; por zona de residencia, a favor de quienes provienen de áreas urbanas; y por origen étnico, a favor de varones y mujeres cuya lengua materna es el castellano. Sin embargo, ninguna de estas diferencias parece relevante respecto a su ingreso a institutos tecnológicos. De acuerdo con Sánchez y Meléndez (2015), esto se puede deber a que los institutos tecnológicos están más esparcidos en todo el país, en términos geográficos, y, por lo tanto, son más accesibles.

TABLA 2
Educación a los 19 años en el 2013 (%)

	(%)	Educación				
		Matrícula escolar			Educación terciaria	
		Secundaria completa	Aún matriculado	Abandonó la escuela antes de culminar	Instituto superior tecnológico	Universidad
Promedio (n=631)	100,00	69,8	12,0	18,1	22,2	17,2
Género						
Varones	51,8	69,9	12,2	17,9	21,5	20,9
Mujeres	48,2	69,6	11,9	18,4	23,0	13,2
Brecha		0,3	0,4	-0,6	-1,5	7,6**
Lengua materna						
Castellano	53,9	72,7	9,3	17,9	26,3	19,3
Indígena	43,2	66,6	15,2	18,2	16,9	14,7
Brecha		6,1	-5,9**	-0,3	9,5	4,6**
Lugar de residencia en línea de base						
Urbano	55,5	73,4	10,6	16,0	26,9	21,7
Rural	44,5	65,3	13,9	20,8	16,3	11,6
Brecha		8,0**	-3,3	-4,8	10,7	10,2**
Nivel de pobreza en línea de base						
Quintil superior	15,3	83,6	7,1	9,3	19,6	35,0
Quintil inferior	28,4	52,3	23,0	24,6	20,7	3,0
Brecha		31,3***	-16,0***	-15,4***	-1,1	32,0**

Las diferencias son significativas al ***1%, **5% y *10%. Las brechas se expresan en puntos porcentuales y están calculadas usando como punto de referencia el ser indígena y residir, al momento de establecerse la línea de base, en un lugar rural, así como pertenecer, en ese entonces, al quintil inferior de ingresos. Fuente: Sánchez y Meléndez (2015).

Con respecto a la experiencia laboral, la información obtenida en la Ronda 4 de la encuesta de Niños del Milenio indica que, al llegar a los 19 años, casi 40% declararon haber estado trabajando en los últimos doce meses y no estar ya matriculados en la educación formal (véase la tabla 3). Por lo tanto, en términos del uso de su tiempo, le dedicaban una proporción considerable de su vida cotidiana al trabajo remunerado. Un segundo grupo (26%) combinaba el trabajo y los estudios; y un tercer grupo (22%) estaba matriculado en educación formal y no trabajando.

De acuerdo con Sánchez y Meléndez (2015), la mayoría (74%) estaban involucrados en actividades no agropecuarias y 21% trabajaban en un negocio familiar, pero solo 14% declararon tener un contrato escrito con su empleador, y muy pocos recibían beneficios laborales formales (como, por ejemplo, seguridad social). Los estudios de caso basados en información cualitativa que se analizan más adelante dan luces sobre sus condiciones laborales, así como sobre sus motivaciones para trabajar.

La tabla 3 desagrega los datos por género, zona de residencia y quintil de riqueza. En cuanto a las diferencias entre los grupos, quienes únicamente trabajaban provenían en su mayoría de zonas rurales y de familias más pobres. Quienes combinaban el trabajo con los estudios eran en su mayoría hombres y tenían una madre cuya lengua materna era indígena. Debe observarse, en la tabla, que estudiar se refiere tanto a la educación básica como a la terciaria, dado que 12% de la muestra de la cohorte estaba aún cursando la secundaria en el 2013.

TABLA 3
El trabajo y los estudios a los 19 años en el 2013 (%)

		Trabajo y estudios			
		Solo trabajando	Solo estudiando	Trabajando y estudiando	Ni trabajando ni estudiando
Promedio (n=631)	100,00	39,3	21,8	25,6	13,4
Género					
Varones	51,8	41,4	19,7	31,3	7,7
Mujeres	48,2	37,0	24,0	19,6	19,4
Brecha		4,3	-4,3	11,7***	-11,7***
Lengua materna de la madre					
Castellano	53,9	36,7	29,0	22,4	11,9
Indígena	43,2	43,2	12,3	29,8	14,7
Brecha		-6,5	16,8***	-7,5**	-2,8
Lugar de residencia en la línea de base					
Urbano	55,5	34,5	31,3	23,0	11,1
Rural	44,5	45,1	9,9	28,7	16,2
Brecha		-10,6***	21,4***	-5,7	-5,1*
Nivel de pobreza en la línea de base					
Quintil superior	15,3	23,6	28,2	29,1	19,1
Quintil inferior	28,4	46,8	14,0	28,0	11,2
Brecha		-23,2***	14,2***	1,1	7,9*

Las diferencias son significativas al ***1%, **5% y *10%. Las brechas se expresan en puntos porcentuales y están calculadas usando como punto de referencia el ser indígena y residir, al momento de establecerse la línea de base, en un lugar rural, así como pertenecer, en ese entonces, al quintil inferior de ingresos. Fuente: Sánchez y Meléndez (2015).

Por último, solo 13% de la muestra de la cohorte no trabajaban ni estudiaban (véase la tabla 3); y de este grupo, algunos eran mujeres jóvenes con hijos. Como se observa en la tabla 4, casi 25% de las jóvenes de la cohorte mayor tenían por lo menos un hijo; es decir, una de cada cuatro jóvenes de hasta 19 años se había convertido en madre al llegar a los 19 años, mientras que solo 6% de los jóvenes de esa misma edad, conformantes de la muestra, habían tenido un hijo.

TABLA 4
Convivencia/matrimonio y maternidad/paternidad a los 19 años en el 2013 (%)

		Matrimonio/convivencia y maternidad/paternidad	
		Vive con la pareja	Tiene por lo menos un hijo
Promedio	100,00	13,03	14,51
Género			
Varones	51,84	6,72	5,78
Mujeres	48,16	19,74	23,91
Brecha		-13,02***	-18,12***
Lengua materna de la madre			
Castellano	53,86	13,07	13,75
Indígena	43,17	12,65	15,22
Brecha		0,41	-1,47
Punto de referencia residencial			
Urbano	55,53	12,78	12,03
Rural	44,47	13,35	17,61
Brecha		-0,57	-5,59**
Punto de referencia de pobreza			
Quintil superior	15,28	14,22	13,99
Quintil inferior	28,39	12,51	15,42
Brecha		1,71	-1,43

Las diferencias son significativas al ***1%, **5% y *10%. Las brechas se expresan en puntos porcentuales y están calculadas usando como punto de referencia el ser indígena y residir, al momento de establecerse la línea de base, en un lugar rural, así como pertenecer, en ese entonces, al quintil inferior de ingresos. Fuente: Sánchez y Meléndez (2015).

En vista de las tendencias observadas en estas encuestas, el objetivo de este documento de trabajo es entender si —y de qué manera— las normas, los valores y las prácticas relacionados con el género afectan las trayectorias en la escuela, el trabajo y el matrimonio o emparejamiento. El análisis está basado en información cualitativa, para obtener un entendimiento más profundo sobre cómo interactúan los diversos factores —por ejemplo, el género, los antecedentes familiares y los valores y normas sociales— y cómo moldean las trayectorias de cada joven a través del tiempo.

5. Siguiendo las trayectorias individuales de la adolescencia a la adultez temprana: escuela, trabajo y convivencia/matrimonio

Esta sección da cuenta de las trayectorias del grupo de jóvenes de la submuestra, especialmente con respecto a educación, trabajo y matrimonio o emparejamiento, en el contexto de las tendencias que emergen de la encuesta familiar principal, tal como se la describió en la sección anterior. Esta submuestra comprende a 26 jóvenes cuyo desarrollo seguimos desde que tenían 13 años de edad hasta los 20; tal como se señaló

en la sección 2, son 14 varones (8 rurales y 6 urbanos) y 12 mujeres (6 rurales y 6 urbanas).

Cuando conocimos al grupo, en el año 2007, la mayoría estaban empezando su educación secundaria y unos pocos cursaban el último año de la escuela primaria. Hacia el 2014, la mayor parte habían terminado la secundaria y transitado hacia la educación superior, el mercado laboral o ambos al mismo tiempo. Cinco habían tenido un hijo o estaban esperándolo. Estas diferentes trayectorias se describen y analizan en la presente sección, intentando explicar cómo el género, el apoyo familiar, los antecedentes socioeconómicos y la capacidad de agencia⁶ afectan las diversas sendas hacia la vida adulta. La tabla 5 presenta el nivel de educación/empleo de cada joven de la submuestra; también indica si vivían o no con una pareja, y el nivel de educación de sus padres.

TABLA 5
Submuestra de la cohorte mayor: educación, empleo, situación marital y educación de los padres (2014)

Género	Nombre	Área	Lugar	Estatus 2014				Educación de los padres	
				Educación Superior	Trabajando	Conviviendo	Hijos	Padre	Madre
Mujer	María	Rural	Rioja	SÍ	SÍ	NO	NO	3° grado, primaria	2° grado, primaria
	Diana	Rural	Rioja	NO	SÍ	NO	SÍ	1° grado, primaria	2° grado, primaria
	Natalia	Rural	Rioja	SÍ	NO	NO	NO	6° grado, primaria	6° grado, primaria
	Marta	Rural	Andahuaylas	NO	SÍ	NO	NO	2° grado, primaria	Ninguna
	Eva	Rural	Andahuaylas	SÍ	SÍ	NO	NO	5° grado, primaria	2° grado, primaria
	Esmeralda	Rural	Andahuaylas	SÍ	NO	NO	NO	3° grado, primaria	Ninguna
	Carmen	Urbana	San Román	SÍ	SÍ	NO	NO	Universitaria completa	Universitaria completa
	Aurora	Urbana	San Román	SÍ	SÍ	NO	NO	6° grado, primaria	1° grado, primaria
	Luz	Urbana	San Román	SÍ	SÍ	NO	NO	Educación técnica completa	5° grado, primaria
	Susana	Urbana	Lima	NO	SÍ	NO	NO	3° grado, primaria	Educación técnica incompleta
	Ana	Urbana	Lima	SÍ	NO	NO	NO	6° grado, primaria	6° grado, primaria
	Isaura	Urbana	Lima	NO	NO	SÍ	SÍ	4° grado, primaria	1° grado, primaria

6 Crivello y otros (2014), en un estudio sobre género, agencia y pobreza, de Young Lives, señalan que la agencia no es tanto un «rasgo» individual que el niño tiene o no tiene. Se cultiva, más bien, como un proceso social; y como tal, la agencia está estrechamente entrelazada con las relaciones: con la familia, las amistades, las redes sociales y las jerarquías más amplias. Los jóvenes sopesan sus decisiones en el contexto de sus relaciones y obligaciones, considerando las circunstancias familiares y sociales.

Varón	Rodrigo	Rural	Rioja	NO	SÍ	NO	NO	3° grado, primaria	6° grado, primaria
	Elmer	Rural	Rioja	SÍ	SÍ	NO	NO	6° grado, primaria	1° grado, primaria
	Esteban	Rural	Rioja	NO	SÍ	SÍ	NO	3° grado, primaria	Ninguna
	Luis	Rural	Rioja	NO	SÍ	NO	NO	Ninguna	1° grado, secundaria
	Álvaro	Rural	Andahuaylas	SÍ	SÍ	NO	NO	6° grado, primaria	Ninguna
	Manuel	Rural	Andahuaylas	NO	SÍ	SÍ	SÍ	3° grado, primaria	Ninguna
	Sandro	Rural	Andahuaylas	NO	SÍ	NO	NO	Ninguna	Ninguna
	Atilio	Rural	Andahuaylas	NO	SÍ	SÍ	SÍ	6° grado, primaria	Ninguna
	Peter	Urbana	San Román	NO	SÍ	NO	NO	5° grado, secundaria	Ninguna
	Sergio	Urbana	San Román	NO	SÍ	SÍ	SÍ	Educación técnica completa	3° grado, secundaria
	Hank	Urbana	Lima	SÍ	NO	NO	NO	Universidad incompleta	5° grado, secundaria
	Fabián	Urbana	Lima	SÍ	NO	NO	NO	1° grado, secundaria	5° grado, secundaria
	Alejandro	Urbana	Lima	NO	SÍ	NO	NO	5° grado, secundaria	5° grado, secundaria
John	Urbana	Lima	SÍ	SÍ	NO	NO	5° grado, secundaria	5° grado, primaria	

Fuente: datos cualitativos de Niños del Milenio, Ronda 4 (2014).

Nota: los nombres corresponden a seudónimos, con el fin de proteger el anonimato.

5.1. Trayectorias educativas

En esta sección explicamos qué pasó con quienes pudieron continuar su ruta educativa a los 19 años: ¿cuáles fueron sus aspiraciones educativas durante la escuela secundaria?, ¿tuvieron dificultades para completarla y continuar con su educación superior?, ¿qué expectativas tienen ahora para su futuro?

La totalidad de integrantes de la submuestra (26) terminaron la primaria; y 23 de los 26 culminaron también la secundaria: 18 a una edad «promedio» y 5 «con sobriedad».2 Según los datos cualitativos, las mujeres reportan mejores experiencias escolares, tanto en zonas rurales como en zonas urbanas. No señalaron haber tenido muchas dificultades ni un desempeño pobre mientras estuvieron matriculadas: ninguna repitió un año escolar. Algo distinto sucede con los varones: la mitad (cuatro de zonas urbanas y tres de zonas rurales) repitieron al menos un año escolar. Además, la mayor parte mencionaron haber tenido malas relaciones con sus docentes, y algunos declararon haber sido víctimas de violencia física en el colegio cuando no se comportaban bien o no habían hecho sus tareas.⁷ Las mujeres se quejaban de que ellos se portaban mal en el colegio y dijeron haber visto a profesores golpeándolos cuando pensaban que causaban problemas. Debido a que los varones se demoraban más en terminar el colegio, principalmente por haber repetido de año, tardaron más en empezar sus estudios superiores: las jóvenes de la submuestra que lograron transitar

⁷ Véase también Rojas (2011) y Guerrero y Rojas (en prensa).

hacia una educación superior lo hicieron cuando tenían alrededor de 17 años, mientras que ellos lo hicieron cuando tenían de 18 a 19 años.

Solo tres adolescentes rurales abandonaron el colegio: dos varones de Andahuaylas y una joven de Rioja. Las circunstancias que llevaron a los varones a abandonar el colegio son, en general, muy diferentes a las de la joven: mientras que ellos lo dejaron para trabajar, ella lo hizo porque estaba esperando un hijo. Las siguientes tres notas brindan más información sobre estos casos:

- Diana, de Rioja, abandonó el colegio después del segundo año de secundaria porque estaba embarazada. En ese momento tenía 14 años y decidió escaparse de su casa para vivir en una ciudad con el padre de su hijo. Era la segunda de su familia en asistir a la secundaria: su hermana mayor la antecedió, pero también abandonó el colegio y a los 15 años se fue a vivir con su enamorado. La madre y profesores de Diana habían anticipado que abandonaría el colegio; su madre dijo que Diana estaba molesta y que le había dicho gritando que quería irse a trabajar a Lima. Además, sus profesores declararon en el 2007 y 2008 que Diana estaba en riesgo de no terminar la secundaria porque parecía ser el tipo de chica que pronto querría tener enamorado, lo que la distraería de sus estudios (podría terminar saliendo embarazada). Diana se convirtió en madre a los 14 años. Desde entonces ha estado trabajando en el campo y en una fábrica. Nunca regresó al colegio.
- Un joven de Andahuaylas, llamado Manuel, abandonó el colegio cuando iba a entrar a quinto grado de primaria, a los 12 años. La edad normal para quinto grado es 10, pero Manuel era mayor porque entró tarde al primer grado (a los 7 años) y repitió un grado. Su padre, que trabajaba en la selva, lo sacó del colegio y lo obligó a laborar con él. Después de trabajar durante un año, se inscribió en un colegio no formalizado, donde permaneció hasta el segundo año de secundaria, pero finalmente lo abandonó. Para entonces, ya no vivía con su padre porque este lo había abandonado. Manuel decidió entrar al ejército a los 17 años porque pensó que lo apoyarían para completar su secundaria, pero después se escapó porque nunca asistía a las clases y porque era una institución estricta y violenta que no le gustaba.
- Atilio, el otro joven de Andahuaylas, dejó el colegio a los 15 años. Se fue porque iba a desaprobado el año escolar y decidió que quería trabajar. Para entonces, estaba viviendo en la capital del distrito solamente con su padre, quien nunca estaba en la casa por razones de trabajo. La madre de Atilio permaneció en Andahuaylas y él solía visitarla los fines de semana para ayudarla con el trabajo del campo. Atilio decidió abandonar el colegio y escaparse a Lima sin contárselo a sus padres. En el 2011 su madre declaró que él estaba viviendo en Lima, pero que no sabía dónde ni a qué se dedicaba.

Cuando conversamos con quienes provenían de las dos zonas rurales, así como con sus padres, acerca de si era o no común en sus comunidades abandonar el colegio antes de terminarlo, dijeron que no lo era mucho; pero anotaron que, de ocurrir, principalmente era por embarazos, las mujeres, o por trabajo, los varones, tal como ocurrió en los tres casos de abandono hallados en la submuestra.

Mientras cursaban la secundaria, casi la totalidad de integrantes de la submuestra tenían la aspiración de continuar con su educación terciaria: 4 manifestaron, en la encuesta cuantitativa del 2009 —cuando tenían 15 años—, que querían terminar estudios técnicos superiores; y 19, que querían completar estudios universitarios. Una joven urbana indicó incluso que quería hacer estudios de posgrado. Las aspiraciones eran altas en toda la submuestra, sin ninguna diferencia evidente por género o zona de residencia.

Es importante mencionar que solo un integrante del grupo dijo que su máxima aspiración, en cuanto a educación, era completar la secundaria: la joven de Rioja, quien luego abandonó la escuela secundaria. Por otro lado, la que aspiraba a seguir estudios de posgrado era de San Román —un lugar urbano— y su padre tenía una maestría en Derecho.

En muchos casos, las aspiraciones coincidían con aquellas que sus padres tenían respecto a ellos. Las familias valoran altamente la educación porque encierra la promesa de un futuro mejor: un trabajo estable, un sueldo, independencia, etcétera. En el caso particular de las mujeres existe, además, la aspiración de que una educación superior les permitirá generar ingresos propios, lo cual eventualmente implicará que dependan menos de sus parejas o de sus esposos (Cussianovich y Rojas 2014, Crivello 2010, Guerrero y otros 2016, Guerrero 2014 y Boyden 2013).

A pesar de haber tenido altas aspiraciones, la mayoría de jóvenes de la submuestra no pudieron materializarlas: solo 13 de los 23 que terminaron la secundaria lograron transitar hacia una educación avanzada (tabla 6).⁸

TABLA 6
Educación postsecundaria por género, zona y tipo de educación superior

	Mujer		Hombre	
	Urbana	Rural	Urbana	Rural
Universidad	Carmen (Trabajo social)	Esmeralda (Administración)	Hank (Ingeniería informática)	
	Cecilia (Contabilidad)		John (Administración)	
	Aurora ^b (Psicología)			
Educación técnica superior	Ana (Tecnología informática)	María (Enfermería)		Elmer (Mecánica automotriz)
	Isaura (Marina de Guerra)	Natalia (Enfermería)		Álvaro (Mecánica automotriz)
		Eva (Enfermería)		

^b Hacia el 2014, Isaura, quien seguía estudios técnicos en la Academia Naval, tuvo que abandonar su instrucción por estar embarazada

⁸ Además de esos 13 casos, un niño urbano (Fabián) se matriculó en una academia preuniversitaria —centros privados a los que se acude después de completar la secundaria con el fin de prepararse para rendir los exámenes de admisión a universidades— y una joven urbana (Susana) estudiaba inglés en una academia de idiomas.

Como se observa en la tabla 6, la mayoría de jóvenes que lograron transitar hacia una educación superior son mujeres. En cuanto a la zona, si provenían de una urbe era más común que siguieran estudios universitarios, situación que se explicaría por el estatus socioeconómico de las familias y la disponibilidad de universidades; por el contrario, entre quienes provenían de zonas rurales eran más populares los estudios técnicos. Además de las limitaciones económicas, estaría influyendo la duración de los estudios: la educación universitaria toma un promedio de cinco años y la técnica, solo tres. Es interesante notar que las jóvenes de zonas rurales de Rioja y Andahuaylas estudiaban Enfermería, mientras que los varones de estos dos lugares se estaban preparando para ser mecánicos. Este patrón podría estar relacionado con un asunto de género —ya que las normas sociales fomentan que elijan estas carreras, lo cual refuerza los roles tradicionales y los estereotipos—, pero también podría ser resultado de la disponibilidad de carreras que ofrece la educación técnica cercana a las comunidades rurales. En Rioja, por ejemplo, existen solo cinco carreras disponibles en el instituto superior tecnológico: Producción Agrícola, Enfermería, Mecánica Automotriz, Secretaría e Industrias Alimentarias. Podría decirse que tal limitación es clave para entender por qué se reproducen los roles tradicionales y las ocupaciones diferenciadas por género.

En el caso de quienes cursaban estudios universitarios, la transición desde la secundaria a estudios superiores fue muy retardada. En el Perú, para ingresar a la universidad se debe aprobar un examen de admisión establecido por cada institución educativa.⁹ Este grupo de jóvenes —y sus padres— con frecuencia sentían que lo que habían aprendido en la secundaria no era suficiente o no era útil para el examen, por lo que algunas familias invirtieron en una academia preuniversitaria. Hubo quienes requirieron más de un intento para aprobar el examen. El proceso de postular toma tiempo y dinero, y no todas las familias tienen los recursos económicos para apoyar múltiples intentos.

El proceso de elegir una carrera fue también muy desafiante y difícil para la mayoría de jóvenes de la submuestra que estaban transitando hacia la educación superior, debido a la falta de información. Tomaban sus decisiones basándose en consejos familiares o en ideas muy generales sobre cada disciplina, sin considerar sus motivaciones personales, intereses, habilidades o información sobre la carrera, ni las oportunidades de empleo en ese campo o los retornos esperados de esa carrera en particular. Natalia, por ejemplo, estudiaba enfermería porque su hermana mayor se había formado en la misma disciplina y se esperaba que ella hiciera lo mismo. Ana eligió estudiar computación porque creía que las habilidades informáticas eran necesarias para cualquier trabajo; solo ahora que está estudiando en el instituto realmente entiende de qué se trata la carrera. Algo similar le ocurrió a Elmer: antes de que empezara a formarse como mecánico estudió contabilidad, pero en el transcurso de sus estudios decidió abandonar porque se dio cuenta de que se trataba únicamente de números y no le gustaban las matemáticas.

El análisis cualitativo de los casos de la submuestra sugiere la importancia del apoyo familiar y el contexto socioeconómico, además del género, para la comprensión de las rutas educativas seguidas tanto en zonas urbanas como en zonas rurales.

Los casos de Carmen y Hank, de San Román, son especialmente relevantes para entender el rol del apoyo familiar y los antecedentes socioeconómicos. Los padres de Carmen y los de Hank esperan que se enfoquen únicamente en sus estudios universitarios. Les pagan los estudios y los gastos básicos, y no los dejan tra-

9 Todas las universidades toman exámenes de ingreso; por el contrario, solo unos pocos institutos técnicos tienen este requisito.

bajar. De hecho, muchos padres urbanos intentan postergar el acceso al trabajo —y, por ende, al dinero—, pensando en que esta medida los mantendrá alejados de algunos vicios como las drogas y el alcohol, así como del contacto con pandillas que podrían llevarlos por mal camino.

En el caso de Carmen, las trayectorias de sus padres han tenido un gran impacto en su transición a la universidad. Ambos tienen un título universitario y esperan que sus hijos también lo obtengan. Debido a que a Carmen le había ido bien en el colegio, la universidad era un camino natural; sin embargo, su buen desempeño en el colegio no fue suficiente para ingresar a la carrera de Derecho. Tuvo que cambiar su elección después de haber fracasado dos veces, y terminó estudiando Trabajo Social, una carrera que —según nos contó— le exigía un puntaje menor en el examen de ingreso. Carmen dijo que le gustaba el trabajo social, pero que todavía quería estudiar Derecho. Por esta razón, sus padres la apoyaron para que diera un nuevo examen, aunque esta vez para ingresar a una universidad privada. Aprobó el examen y ahora estudia dos carreras distintas en dos universidades, una pública y la otra privada.

En cuanto a Hank, a pesar de que sus padres no completaron sus estudios universitarios, alentaron a sus hijos a obtener un título universitario. Ambos progenitores creen que la educación es la mejor manera de avanzar en la vida, y por ese motivo invirtieron en la educación de sus hijos matriculándolos en colegios privados. Consideraban que sería más fácil para Hank entrar a la universidad si estudiaba en un colegio privado.

La situación de Carmen y la de Hank son similares a las de otros jóvenes de zonas urbanas: padres relativamente bien educados, que valoran la educación por su rol para la movilidad social, y capaces de proveerles no solo apoyo emocional sino también económico, a fin de ayudarlos a cursar sus estudios postsecundarios. Podría haber otras motivaciones también, como en el caso de los padres de Carmen, que ven la educación como una herramienta de empoderamiento para su hija, para que gane su propio dinero, tenga independencia financiera de su (futuro) esposo y disfrute de su libertad económica.

A pesar de no ser un escenario común en el marco rural, hay casos en los que se observa el apoyo de los padres en las trayectorias educativas. Natalia, una joven rural de Rioja, no tuvo dificultad alguna en su transición: su familia estaba en una buena situación económica y no tenía preocupaciones sobre los costos relacionados con sus estudios. De la submuestra de Niños del Milenio, los padres de Natalia poseen el mayor nivel educativo, y sus hermanos mayores tienen educación técnica superior.

La mayor parte del grupo de jóvenes rurales no se encontraba en la situación de Natalia. Con frecuencia, el apoyo de la familia nuclear era insuficiente y tenían que buscar el soporte de otros familiares o trabajos temporales. Además, enfrentaban el reto adicional de dejar sus comunidades, debido a que no existen servicios educativos locales. Las cuatro mujeres y los dos varones provenientes de zonas rurales que estaban estudiando en el 2014 habían dejado sus comunidades, lo que implicó que —además de los costos directamente relacionados con su educación superior— tuvieran que pagar por vivienda (el alquiler de un cuarto, cuando no hay otro familiar en la ciudad) y cubrir otros gastos básicos.

El caso de María muestra la importancia de tener algún apoyo de la familia extensa: su tía fue muy importante para ella porque le ofrecía alimentación y un lugar donde quedarse en la ciudad mientras se formaba como enfermera. María piensa que sin su apoyo habría sido imposible convencer a su padre de pagarle los estudios.

Además de valerse del apoyo familiar, los resultados muestran que, en zonas rurales, quienes desean continuar sus estudios pueden también decidir trabajar durante sus vacaciones o los fines de semana para pagar sus gastos. Sin embargo, estos trabajos temporales podrían implicar su exposición a situaciones de riesgo, especialmente en el caso de las jóvenes. Eva nos contó que, por lo general, ella y sus compañeras del instituto conseguían trabajos relacionados con labores domésticas, como empleadas del hogar o niñeras. En este tipo de trabajo es común —de acuerdo con Eva— estar expuesta a malas condiciones laborales, tales como muchas horas de trabajo (y mal pagadas) o discriminación por ser indígena y pobre.

Un alto número de jóvenes pensaba que era difícil obtener educación postsecundaria sin contar con apoyo familiar. John, un joven urbano de Lima, nos dijo en el 2014 que era consciente de que probablemente tendría que dejar la universidad debido al reciente divorcio de sus padres, pues no estaba seguro de si su papá continuaría pagando sus estudios el siguiente semestre. El caso de Esmeralda también muestra potenciales dificultades de esta naturaleza: si bien la joven rural de Andahuaylas estudiaba en la universidad gracias al apoyo emocional y económico de su madre (su padre abandonó a la familia varios años antes), en el 2014 nos contó que estaba pensando dejar la universidad porque su mamá había fallecido y ella necesitaba trabajar para obtener ingresos. Otra alternativa que consideraba era trasladarse a un instituto tecnológico, para que sus estudios fueran más cortos y empezar a trabajar antes, pero en un empleo que pagaría menos que otro que podría conseguir si tuviera educación superior.

Además de los antecedentes, el apoyo familiar y el contexto de escasos recursos económicos, el género juega un rol importante en cuanto a seguir estudiando después de la secundaria. El caso de Eva, de Andahuaylas, ilustra de qué manera las normas de género pueden actuar contra la trayectoria educativa de las jóvenes. A pesar de que ella siempre tuvo un buen desempeño en el colegio, sus padres prefirieron invertir en la educación de su hijo, porque era el mayor y porque era varón. Eva creía que realmente era ella quien lo merecía, y a pesar de que comprendía a sus padres y su incapacidad de invertir simultáneamente en ambos —debido, en parte, a la enfermedad de su padre—, nunca entendió por qué no había sido ella la primera opción. Los escasos recursos económicos de la familia los invirtieron en los múltiples intentos de su hermano para ingresar a la Escuela de la Policía (debió postular tres veces antes de ingresar), y ya no pudieron pagar el examen de admisión universitaria de su hija. Eva tuvo que aplazar temporalmente sus aspiraciones: trabajó en la chacra de la familia y en un Wawa Wasi¹⁰ durante un año para contribuir a los ingresos familiares.

La capacidad de agencia de Eva parece ser muy importante para entender este caso. Cuando la conocimos, en el 2007, ella mencionó que no quería tener la misma vida que sus progenitores y que sabía que la educación era un factor clave para lograrlo. Nunca dejó de pedirle ayuda a su padre. Se enteró de que el examen de admisión para un instituto tecnológico privado era gratuito y decidió prepararse por su cuenta. Una vez que ingresó, sus padres acordaron pagar parte del costo de sus estudios, pero ella tendría que buscar un trabajo remunerado para cubrir los demás costos, que incluían sus gastos básicos de manutención diaria.

10 Programa peruano dirigido a la primera infancia (6 meses a 4 años). Cada local de Wawa Wasi estaba atendido por una «madre cuidadora», miembro de la comunidad interesada en proveer el servicio. Este programa fue reemplazado por el Programa Nacional Cuna Más.

La situación de Eva posiblemente sea común en zonas rurales, donde las jóvenes deben ser persistentes para llegar a tener estudios superiores; sin embargo, también la hemos observado en el caso de una joven urbana proveniente de Lima. Debido a la forma de pensar de su familia, Susana, de Villa María del Triunfo, quien siempre tuvo un buen desempeño en el colegio, no logró acceder a estudios universitarios. Como su madre, la principal cuidadora, no podía cubrir todos los gastos de la familia, los hermanos de ella —tíos y tías de Susana— siempre la habían ayudado a pagar los estudios de su hija. A cambio del apoyo económico familiar, Susana le ayudaba a una tía cuidando a sus pequeños primos: les cocinaba, los cuidaba y los ayudaba con sus tareas. Aunque Susana había deseado desde niña ir a la universidad, su familia le dijo que, debido a las limitaciones económicas, ella debía seguir únicamente cursos cortos —como un curso de idiomas— que pudieran ayudarla a encontrar más rápido un trabajo pagado. La familia de Susana pensaba, además, que sería muy difícil para ella aprobar los exámenes de admisión a la universidad, y que su postulación sería una «pérdida de dinero». Cuando la visitamos por última vez, en el 2014, a Susana le faltaba poco para terminar un curso de inglés, pero se la veía algo frustrada porque su madre le estaba pagando los estudios universitarios a su hermano menor. No entendía por qué su mamá podía pagar los estudios de él y no los de ella. La madre de Susana dijo en su entrevista que lo hacía porque su hermano había postulado a una nueva universidad privada «barata». Susana estaba ansiosa por encontrar empleo lo más pronto posible como profesora de inglés, para ahorrar dinero y, finalmente, poder obtener el título universitario que tanto desea.

5.2. Trayectorias laborales

Esta sección se enfoca en las trayectorias laborales de los varones y las mujeres jóvenes de 19 años de nuestra submuestra, desde que eran niños pequeños. Usamos una definición amplia sobre lo que significa trabajo, basada en sus propias percepciones sobre sus actividades y el uso de su tiempo, sin tomar en cuenta si les pagaban o no.

Hacia el 2014, 13 del total de 26 jóvenes de la submuestra declararon que el trabajo era su principal actividad: 7 trabajaban para otras personas, con remuneración; 4 lo hacían para sus familias, sin pago; y 2 eran trabajadores independientes: uno era vendedor ambulante y el otro se ocupaba de sus propias tierras agrícolas (tabla 7). Diez de los 13 eran varones, lo que indica que la trayectoria enfocada principalmente en lo laboral es más común entre los hombres de la submuestra. La mayoría de quienes seguían una trayectoria laboral habían terminado la secundaria; sin embargo, por diferentes razones, algunos habían abandonado la secundaria, tal como se explicó en la sección anterior.

TABLA 7
Trabajos por género, zona y tipo de trabajo (2014)

	Mujer		Hombre	
	Urbana	Rural	Urbana	Rural
Trabaja para otros		Diana (obrera de fábrica)	Peter (cartero)	Luis (barman)
				Rodrigo (pintor de carros)
				Manuel (obrero de construcción)
				Atilio (chofer de mototaxi)
Trabajadores independientes				Elmer ^a (empleado de gasolinera)
			Sergio (vendedor en la calle)	Esteban (trabajo en su propia tierra)
Trabaja para su familia	Susana (niñera de los hijos de su tía)	Marta (trabajo en tierra familiar)	Alejandro (asistente mecánico de negocio familiar)	Sandro (trabajo en tierra familiar)

^a. Elmer trabajaba a tiempo completo y estudiaba mecánica automotriz en un instituto tecnológico. Susana trabajaba para su familia y estaba inscrita en el curso de inglés de un instituto de idiomas.

Quienes dejaron el colegio antes de culminarlo, comenzaron a trabajar. Manuel, de Andahuaylas, lo hizo primero en la selva como peón con su padre y luego por su cuenta; Atilio se mudó a Lima y tuvo varios trabajos: asistente de cocina, en un servicio de lavandería, estampando telas y como chofer de mototaxi; y Diana trabajó primero como obrera agrícola y luego, tras separarse de su pareja, como empleada de una fábrica de toallas y de una de plásticos, en Lima. Dos de ellos, Atilio y Diana, dijeron que trabajaban en condiciones poco favorables: jornadas de más de ocho horas y con un pago menor que el sueldo mínimo; sin embargo, pensaban que tenían que aceptar cualquier trabajo porque no iban a poder tener otros mejores, dado que no habían terminado la secundaria. Es importante notar, no obstante, que incluso quienes habían terminado la secundaria carecían de condiciones de trabajo óptimas: se les pagaba un monto cercano al sueldo mínimo, pero tenían que trabajar horas extras, y solo dos habían firmado un contrato y tenían seguro de salud (Luis y Elmer).

Tal como se ve en la tabla 7, son mayormente los jóvenes de zonas rurales quienes, a la edad de 19 años, seguían una trayectoria laboral. El análisis cualitativo sugiere que se espera que los varones jóvenes de zonas rurales trabajen, sean productivos y generen ingresos para la familia. En sus propias comunidades, solo tienen la oportunidad de trabajar en agricultura, cultivando sus campos o trabajando para otros como obreros. Si quieren un trabajo no relacionado con la agricultura, tienen que migrar a la ciudad. Pero se espera que incluso los varones jóvenes que migran trabajen primero en las tierras de la familia, por lo menos hasta que salgan de sus comunidades.

Los casos de Luis y Esteban, de Rioja, demuestran cómo las normas de género afectan las trayectorias de trabajo. Sus respectivos padres les habían pedido que ayudaran trabajando en las tierras de cultivo de la familia y ellos decidieron hacerlo un tiempo, no solo por el pedido sino porque lo consideraban un asunto de

reciprocidad: sus progenitores habían invertido en su educación durante los años anteriores. La capacidad de los hombres jóvenes de trabajar en el campo es altamente valorada en el contexto rural, tanto porque son más fuertes que las mujeres como porque, en general, tienen más experiencia. En las zonas rurales, los niños y las niñas son introducidos en el trabajo de manera progresiva, pero mientras que ellas participan más en las tareas domésticas, ellos lo hacen en actividades agrícolas: ayudan a cultivar los campos desde los 7 u 8 años y empiezan a trabajar para otros, como peones, cuando tienen alrededor de 13 años. Para cuando alcanzan los 15 años, su trabajo es altamente valorado.

El hecho de trabajar al terminar la secundaria hace sentir bien a los varones jóvenes porque los hace apreciarse como productivos y contribuyendo con la familia, y así cumplen con las expectativas del rol del hombre. Esteban, por ejemplo, se sentía responsable de la situación económica de sus padres —quienes pagaban un préstamo porque una plaga había afectado su cosecha de café— debido a que, aunque tiene tres hermanas mayores que viven lejos de Rioja, es el único hijo de la familia. A pesar de que los padres y las hermanas de Esteban siempre le dijeron que querían que continuara estudiando después del colegio, él decidió tomar otro rumbo. Quería hacerse cargo no solo de sus padres, sino también de su enamorada, con quien quería convivir. Este caso demuestra la interacción entre las expectativas familiares, las condiciones materiales y las normas de género; en Esteban esto último pesó más al tomar su decisión de convertirse en un trabajador a tiempo completo.

Aunque Esteban y Luis trabajaron a tiempo completo en el campo después de haber terminado la secundaria, al final tuvieron diferentes trayectorias laborales. Mientras que Esteban se quedó en su comunidad trabajando sus tierras, Luis decidió emigrar a Lima para conseguir un trabajo no agrícola, algo posible solo gracias al apoyo de su familia. El padre de Luis quería que se quedara en la comunidad a trabajar con él en las tierras familiares, pero su madre no quería que permaneciera bajo su mala influencia —era alcohólico— y lo animaba enérgicamente a alejarse de la comunidad. Según la percepción de la madre, los jóvenes rurales que se quedan trabajando en el campo corren el grave riesgo de desarrollar problemas con el alcohol; por eso, ella luchó contra lo que se espera de los hombres jóvenes en su comunidad y envió a Luis a Lima, donde, con ayuda de su hermano mayor, encontró un trabajo estable como barman.

El caso de Manuel, un joven rural de Andahuaylas, también ilustra cómo en las trayectorias laborales juveniles las normas de género interactúan con la pobreza y la falta de apoyo familiar. A diferencia de los casos anteriores, en la historia de Manuel su familia le exigía participar en las actividades agrícolas incluso antes de haber terminado el colegio. Esta situación se explica tanto por las condiciones socioeconómicas de su familia como por el poco valor que le daba su padre a la educación. La familia de Manuel vive en la pobreza; su madre no tuvo una educación formal y su padre solo llegó a segundo grado de primaria. Manuel —como su hermano mayor— entró al colegio tarde, lo cual puede explicar por qué le resultó tan difícil adaptarse a la escuela primaria y la razón de su bajo desempeño. Por otro lado, se sentía cómodo con las actividades agrícolas en las tierras familiares; estaba motivado por su deseo de ayudar frente a la situación económica de su familia.

A diferencia de la mayoría de las familias de la submuestra, en este caso particular, los padres —y especialmente el padre— no valoraban mucho la educación como medio de movilidad social. De hecho, fue su padre quien decidió sacar a Manuel y a su hermano mayor del colegio a fin de buscar en la selva trabajos agrícolas bien pagados. Su padre sabía que los muchachos de alrededor de 15 años podían encontrar tra-

bajos mejor pagados allá que en Andahuaylas, y ayudar a la familia a enfrentar sus problemas económicos. Al principio Manuel empezó a trabajar con su familia, pero a los pocos meses su papá lo dejó trabajando en la selva y nunca regresó. Con seguridad, alejarse del entorno familiar y ser abandonado en la selva por su padre expuso a Manuel a situaciones de riesgo; igualmente, habría sido muy difícil para él dejar de trabajar, porque debía pagar sus gastos básicos. Sin embargo, hacia el 2014, cuando tenía 20 años, abandonó el trabajo en agricultura —porque era mal remunerado e inestable— y gracias a la familia de su enamorada consiguió un trabajo como supervisor de construcción en una comunidad rural, algo muy importante para él debido a que ella estaba embarazada. Dijo que sin el apoyo de la familia de su enamorada le habría sido muy difícil conseguir un trabajo no agrícola debido a su abandono de la escuela.

En nuestra submuestra, la combinación de género y trabajo implica que para los jóvenes rurales el trabajo es una manera de ganar independencia de sus padres y posicionarse como proveedores. El trabajo es una actividad positiva para ellos porque con el dinero que ganan pagan sus gastos básicos, contribuyen al sustento de sus padres (aun cuando ya no vivan con ellos) y tienen los medios suficientes para empezar una familia. Sin embargo, la mayoría reconocen que el tipo de trabajo que pueden conseguir al ser solo graduados de secundaria —y en algunos casos, desertores del colegio— casi nunca está bien pagado ni les asegura buenas condiciones laborales. Debido a esto, dicen que les gustaría tener los recursos —tiempo y dinero— para seguir cursos cortos que los prepararían para obtener empleos más calificados.

5.3. Trayectorias de convivencia/matrimonio y maternidad/paternidad

En el Perú, la convivencia entre jóvenes es mucho más común que el matrimonio formal. En esta sección exploramos qué ocurre cuando se involucran en relaciones íntimas, se casan o se embarazan. ¿Cómo afectan sus vidas diarias —y su capacidad de agencia— el embarazo o la convivencia/matrimonio? ¿Cuál es el rol de la familia en su experiencia?

En el momento en que el grupo de jóvenes de la submuestra tenía alrededor de 20 años —esto es, hacia el 2014—, 5 (de un total de 26) vivían con una pareja: una joven urbana que ya era madre (Isaura) y cuatro varones (tres rurales: Atilio, Manuel y Esteban, y uno urbano: Sergio). Adicionalmente, una joven, Diana, solía vivir con el padre su hijo, aunque luego se separó de él (tabla 8).

TABLA 8
Convivencia y maternidad/paternidad por género y zona de residencia

	Mujer		Hombre	
	Urbana	Rural	Urbana	Rural
Padre/madre soltero(a)		Diana (un hijo de 4 años)		
Conviviendo y con hijo/ esperando un hijo	Isaura (un hijo de 8 meses)		Sergio (enamorada con tres meses de embarazo)	Manuel (enamorada con seis meses de embarazo) Atilio (enamorada con ocho meses de embarazo)
Conviviendo sin hijos				Esteban

Las dos jóvenes de la submuestra que habían tenido hijos decidieron convivir con sus parejas cuando supieron que estaban embarazadas. A pesar de que la maternidad tuvo un fuerte impacto en la vida de ambas, sus trayectorias hacia la maternidad resultaron muy diferentes.

El caso de Diana es muy importante para entender de qué manera el hecho de convertirse en madre adolescente puede afectar las redes sociales y exponer a situaciones de riesgo en los ámbitos doméstico y laboral. El embarazo la hizo mudarse a casa de la familia de su pareja, donde fue víctima de abusos físicos y psicológicos. Debido al maltrato, extrañaba a su familia; recuerda haberse sentido muy sola durante su embarazo y el primer año de vida de su bebé. Perder el apoyo de su familia fue difícil para ella, porque lo necesitaba para criar a su hijo. Según Diana, la maternidad la obligó a madurar, lo que implicó trabajar para cubrir sus gastos. Además, reconoce que la maternidad la volvió muy protectora de su hijo. Incluso se mudó sola a Lima para protegerlo de su pareja, porque una vez lo había secuestrado y maltratado sin darle suficiente comida y golpeándolo. Diana se arrepiente de haber dejado el colegio porque se da cuenta de que es muy difícil encontrar un trabajo en la capital del país. Su trabajo en Lima la expuso a turnos de noche e incluso a ambientes insalubres (hubo una epidemia de tuberculosis). Las condiciones de trabajo que encontró eran sin duda nocivas para la maternidad; su trabajo limitaba su presencia en el hogar.

La experiencia de Isaura es importante para entender cómo un embarazo puede tener un impacto negativo en la capacidad de agencia de una mujer: su embarazo le dio motivos a su familia para involucrarse en decisiones que normalmente habrían sido de ella y su pareja. Ambas familias, después de haber estado molestas por un tiempo, les dieron dinero para que se compraran una casa y empezaran a vivir juntos. Isaura no estaba tan segura del matrimonio, pero terminó aceptándolo porque consideró que era lo mejor que podía hacer, dado que estaba embarazada. Desde entonces, empezó a asumir las responsabilidades domésticas. Ella creía que, a pesar de sentirse cansada, necesitaba ayudar a su pareja porque era su rol como esposa. Sentía que era difícil asumir sus responsabilidades y decía que por momentos la fatiga no la dejaba «cuidar bien» a su esposo. Parece haberse sentido obligada a apoyar a su esposo en todas las formas, al punto de elegir una carrera que ella no quería, porque de esa manera lo apoyaría en su idea de conducir un negocio familiar.

A pesar de que sus experiencias de maternidad fueron distintas, Diana e Isaura tuvieron que interrumpir sus estudios y empezar a trabajar mientras estaban embarazadas. Ser madres les cambió sus expectativas educativas: antes, Diana había querido terminar su secundaria, pero después, como madre soltera sin apoyo económico, lo encontró muy difícil; Isaura quería alcanzar una educación postsecundaria y todavía tiene la oportunidad, pero solo si estudia la carrera elegida por su esposo. Como él pagará sus estudios, quiere que aprenda contabilidad para que lo ayude a llevar los libros de su negocio. La madre de Isaura le dijo a su hija, una vez que quedó embarazada, que tendría que apoyar a su esposo incluso sacrificando sus propios deseos.

Ambas jóvenes comentaron cuán demandante era ser mamá; no solo eran responsables del cuidado de sus hijos, sino también de los quehaceres de la casa. Diana trabajaba diez o doce horas al día y tenía que lavar la ropa, cocinar con su prima, jugar con su hijo, etcétera. Isaura le daba de lactar a su hija, se encargaba de las tareas domésticas, preparaba el almuerzo para su esposo y por las noches lo ayudaba con su trabajo administrativo. Si no cumplían con sus responsabilidades, sentían que eran «malas» esposas o madres.

Ambas mujeres reconocían las dificultades que conlleva la maternidad, pero no estaban tomando precauciones para prevenir otro embarazo. Ninguna de las dos usaba anticonceptivos. Diana creía que la anticoncepción debía ser responsabilidad de su pareja y no de ella; sabía que había riesgo de quedar embarazada nuevamente, pero no estaba haciendo algo para evitarlo. En contraste, Isaura intentó encontrar algún tipo de anticonceptivo en el centro de salud cercano, pero se sentía incómoda con la idea de ponerse una inyección; temía que la sangre que naturalmente expulsa el cuerpo a través de la menstruación fuera retenida en su cuerpo. Cuando la visitamos en el 2014, había decidido dejarle a su pareja la responsabilidad de elegir un método anticonceptivo.

Entre los jóvenes de nuestra submuestra, cuatro conviven con sus parejas: Atilio, Manuel, Esteban y Sergio. Dos de la localidad rural de Andahuaylas —Atilio y Manuel— abandonaron el colegio cuando tenían alrededor de 14 años y embarazaron a sus enamoradas cuando tenían 18. El tercer joven rural, de Rioja —Esteban—, abandonó la secundaria y decidió no intentar obtener educación terciaria; en lugar de eso, trabajó antes de mudarse con su pareja. Finalmente, un joven urbano —Sergio— también decidió no continuar con su educación después del colegio y se mudó con su enamorada. En estos cuatro casos, la convivencia no parece haber cambiado sus vidas de la misma forma en que lo hace con las jóvenes. Esto se puede deber a que aún no se habían convertido en padres y recibían apoyo económico de sus familias para que consiguieran trabajo y ahorraran dinero para el bebé que esperaban.

- Atilio estaba viviendo en Lima cuando su enamorada quedó embarazada. Decidió regresar a Andahuaylas, donde su familia, y abandonar a su enamorada, pero sus padres le dijeron que no la debía dejar y les pagaron el pasaje para que fueran a vivir con ellos. En el 2014 Atilio trabajaba como chofer de mototaxi gracias a su padre —quien pagaba el alquiler del vehículo—, pero, como afirmaba que no ganaba suficiente dinero, sus padres les ayudaban a él y su enamorada a cubrir la mayor parte de los gastos básicos, además de comprarles cosas para el bebé.
- Manuel se mudó con su enamorada cuando abandonó el ejército. Recibieron apoyo de la familia de ella: un tío le ofreció a Manuel un trabajo en construcción, que él aceptó. Sus opciones laborales eran limitadas, debido a que no había completado la secundaria. Mientras trabajaba en otra comunidad, Manuel vivía separado de su enamorada, quien estaba embarazada.
- La enamorada de Sergio quedó embarazada en el 2014. Cuando se enteraron del embarazo, la familia de la ella quería obligar a Sergio a casarse, pero su madre no estaba de acuerdo: prefería que se mudaran juntos, porque no estaba segura de cuánto tiempo permanecerían como pareja. La mamá de Sergio les ofreció la oportunidad de vivir con ella, en su casa de San Román, y él aceptó. Le dio algo de dinero a Sergio para que empezara su propio negocio con la enamorada, vendiendo ropa en el mercado.
- Esteban es el único que empezó a vivir con su enamorada (en el 2013) sin que ella hubiera quedado embarazada; decidieron mudarse juntos porque así lo deseaban. Los padres del joven —y especialmente la madre— no estaban de acuerdo, pero como Esteban se escapó, la

madre lo convenció de regresar y les ofreció una parcela de tierra para trabajo agrícola, así como una parte de la casa para que vivieran con privacidad. Esteban trabajó en su propio campo y en los de otros, como contratado. La madre de Esteban estaba preocupada porque no quería que su hijo se convirtiera en padre a su edad; incluso le pagó la inyección anticonceptiva a su enamorada en el 2013. Ella creía que la paternidad tendría consecuencias negativas para Esteban, porque mantener una familia incrementaría su carga laboral.

Como se observa, los varones tenían, de una manera u otra, el apoyo de sus familias —o, en el caso de Manuel, el de la familia de su enamorada—, que les ofrecían diferentes tipos de ayuda, desde consejos hasta vivienda, tierras y contactos de trabajo. Hay un alto contraste entre esta situación y la de las jóvenes, antes descrita: observamos el debilitamiento de los lazos familiares, pues Diana se escapó de su familia y a Isaura al principio la echaron de su casa, aunque luego sí la apoyaron.

Para los varones y las mujeres jóvenes que reciben apoyo de sus familias existe la desventaja de sentirse obligados a seguir los deseos de sus padres en lugar de los suyos. Atilio se sentía presionado por sus padres porque ellos pagaban el alquiler de su fuente de trabajo y lo presionaban para ser el «proveedor» de su nueva familia. En el caso de Isaura, ambas familias (la de ella y la de su pareja) les proveían recursos, y ella lo sintió como una presión para casarse, aun cuando no estaba segura de querer hacerlo.

6. Discusión sobre los principales hallazgos

Este artículo analiza las trayectorias hacia la adultez de un grupo de jóvenes que están entre los 19 y 20 años de edad de zonas urbanas y rurales del Perú, desde una perspectiva cualitativa. Al llegar a esta edad, los rumbos empiezan a divergir, sobre todo en las trayectorias principalmente educativas, principalmente laborales y principalmente matrimoniales. En lugar de ser rutas separadas, la educación, el trabajo y la convivencia/matrimonio son interdependientes, de manera tal que los resultados matrimoniales solo se pueden entender con referencia a experiencias relacionadas con la educación y el trabajo, y viceversa. El análisis biográfico a profundidad sobre las trayectorias nos deja con tres hallazgos principales a discutir en esta sección: el género moldea las trayectorias hacia la adultez; el apoyo familiar tiene una influencia importante en estas trayectorias; y las trayectorias educativas y laborales no necesariamente contribuyen al desarrollo personal y profesional.

6.1. El género moldea en mayor medida las trayectorias hacia la adultez en contextos de bajos ingresos

Los resultados del análisis cualitativo muestran que el género importa sobre todo para entender las trayectorias en familias con limitados recursos económicos —por ejemplo, en situación de pobreza—, en escenarios rurales y urbanos.

Con respecto a las trayectorias educativas, a pesar de no observarse diferencias relativas al género durante la primaria y la secundaria, en el nivel postsecundario encontramos que las familias de bajos ingresos tienden a priorizar la educación de los varones (véanse los casos de Eva y Susana). La capacidad de agencia y la persistencia de las jóvenes son claves para acceder a grados más altos de escolaridad. El caso de Eva

es ilustrativo, tratándose de una joven rural, con antecedentes indígenas y viviendo en pobreza, es decir, con todos los factores en contra para lograr obtener una educación terciaria. Su determinación de estudiar implicó que tomara la iniciativa y buscara alternativas con el fin de convencer a sus padres de que la respaldaran para obtener una educación técnica.

Las familias con menos limitaciones económicas están muy dispuestas a apoyar a sus hijos en su educación postsecundaria, sean hombres o mujeres. Particularmente en relación con el hecho de acceder a una educación superior, las jóvenes y sus madres opinan que estudiar para obtener un título implica posponer la decisión de comenzar una familia o convertirse en esposa o madre. Al mismo tiempo, cuando, eventualmente, construyan una familia, se espera que, por haber obtenido una educación terciaria, las mujeres estén más empoderadas y tengan una capacidad mayor de negociación para establecer una relación más igualitaria con sus esposos. Esto se relaciona con las ideas de Ames (2014) acerca del valor de la educación superior como recurso para ascender socialmente, en especial las mujeres, allí donde se puede convertir en una herramienta para, en el futuro, superar relaciones opresivas de género.

Al observar las trayectorias laborales en ámbitos rurales, encontramos que el género sí importa. En zonas como Rioja o Andahuaylas, las normas sociales relacionadas con el género son importantes para comprender por qué el trabajo —y no los estudios— es la trayectoria más común en la vida adulta de los varones jóvenes. Sobre la base de los casos que hemos presentado, seguir este camino sería una manera de ganar independencia y posicionarse como proveedores. Trabajar es una actividad positiva para los hombres jóvenes porque con el dinero que ganan pueden pagar sus gastos básicos, contribuir con el hogar de sus padres (incluso cuando ya no viven con ellos) y obtener los medios suficientes para fundar una familia, cumpliendo así con el rol para el que han sido preparados progresivamente desde pequeños. Por consiguiente, tal como sostiene Fuller (2001), el trabajo es uno de los ejes centrales de la masculinidad; moldea las identidades del hombre y se relaciona con el reconocimiento social. Sin embargo, al mismo tiempo, puede limitar su ascenso social porque el tipo de trabajo que logran conseguir sin educación postsecundaria no les permitiría progresar.

Por contraste, entre los jóvenes varones urbanos de la submuestra las normas de género no tendrían un papel predominante en cuanto a darle forma a su trayectoria laboral. No se espera que se conviertan en proveedores apenas terminen la secundaria, porque sus familias enfrentan menos limitaciones económicas en comparación con las familias rurales. De hecho, los padres urbanos intentan retrasar el acceso de sus hijos al dinero, pues este los aproximaría a algunos «vicios» —las drogas o el alcohol, por ejemplo—, o a pandillas que podrían encaminarlos mal. El temor a las pandillas es una preocupación que hemos observado predominantemente entre padres urbanos.

Finalmente, en cuanto a la transición hacia la maternidad/paternidad, los resultados indican una clara diferencia entre las mujeres y los varones que tienen hijos cuando son muy jóvenes. A ellas les va peor; los varones son más protegidos por sus progenitores, quienes los apoyan emocional y económicamente en la experiencia de convertirse en padres y empezar una nueva familia. Esto se puede explicar por el estatus social negativo y el estigma asociado con la maternidad adolescente, de acuerdo con Nóbrega (2009). Los casos indican que las reacciones ante la noticia de un embarazo fueron distintas según se tratara de los varones o de las jóvenes. Especialmente al principio, las familias de ellas tuvieron una reacción negativa, mientras que las familias de sus parejas fueron más comprensivas.

Más aun, parece un sentir común que las mujeres deben dedicarse principalmente a las tareas domésticas, mientras que los varones deben trabajar para mantener a la familia. Esta es probablemente la razón por la cual los padres se sienten más responsables de apoyar a los hijos hombres, dándoles herramientas para que lidien con sus emergentes roles masculinos. En contextos rurales, cuando una pareja joven espera un hijo, parece ser que la principal responsabilidad de mantenerlo recae más en la familia del hijo, y es frecuente que la mujer embarazada se mude a vivir con su pareja y su familia política. Esto tiene un impacto en la capacidad de las jóvenes para tomar decisiones sobre sus vidas y su futuro. En muchos casos, las decisiones las toman los padres de su pareja, que no necesariamente piensan en los intereses de ella. En el caso de las jóvenes urbanas, la historia de Isaura muestra que en contextos urbanos ellas no tienen necesariamente que mudarse a la casa de los padres de sus parejas cuando quedan embarazadas; sin embargo, de acuerdo con las normas sociales, se espera que las mujeres hagan lo que sus parejas consideren apropiado.

6.2. El apoyo familiar cumple un rol importante en las trayectorias

Los resultados del análisis cualitativo evidencian que el apoyo familiar es importante para explicar las trayectorias juveniles en educación, trabajo y maternidad/paternidad, tanto en escenarios rurales como en urbanos.

De acuerdo con los resultados de la encuesta de la Ronda 4 de Niños del Milenio,¹¹ en lo que respecta a las trayectorias educativas un alto número de jóvenes de la cohorte mayor había completado su educación secundaria. Más aun, la información cualitativa muestra que los padres de zonas rurales y urbanas valoraban altamente la educación y, en consecuencia, trataban de apoyar la culminación de los estudios. Incluso en familias empobrecidas, los padres estaban comprometidos a invertir en la educación básica y asumían el costo de enviar a sus hijas e hijos a la escuela primaria y secundaria. Muchas familias de áreas rurales pasaron por dificultades económicas como resultado de plagas o pérdidas de cosechas, y les pidieron, principalmente a los hombres, que trabajasen en el campo, pero no querían que dejaran el colegio debido a ello.

La transición de la secundaria a los estudios superiores es bastante retadora para la mayoría de jóvenes, quienes tienen que afrontar barreras u obstáculos en el proceso, y deben recurrir a sus familias para superarlos. El apoyo económico y el emocional se consideran recursos valiosos en esta transición. Dado el reconocimiento del valor de la educación, la mayoría de padres quieren que sus hijos e hijas tengan estudios superiores. Sin embargo, no todos poseen los recursos financieros necesarios para apoyar esta trayectoria. Los estudios cualitativos de casos analizados en este texto indican que el grado de apoyo económico le da forma a la trayectoria educativa superior de cada estudiante y la determina: a más alta inversión, más probabilidades de que se concentre mejor en sus estudios. En el caso de limitaciones económicas, hay quienes dividen su tiempo entre sus estudios y el trabajo, aunque en algunos casos terminan por abandonar sus estudios.

Además del apoyo económico, la asesoría familiar es muy importante para perfilar las trayectorias. Muchos jóvenes acaban la escuela secundaria sin tener una idea clara de sus potenciales rutas postsecundarias. Investigaciones cualitativas de casos muestran que quienes quieren cursar estudios superiores no tienen información adecuada sobre la carrera que desean seguir ni sobre el mercado laboral de esa carrera, ni tampoco

11 Resumidos en la sección 5 de este texto.

han considerado si esta es consistente con sus motivaciones, habilidades e intereses. Ante la falta de información, buscan consejo entre sus familiares con respecto a qué y dónde estudiar. La mayor parte de nuestra submuestra eligió su carrera después de conversar con sus tíos, hermanos mayores, primos u otros parientes. En este sentido, las familias terminan moldeando de alguna manera los rumbos posteriores a la secundaria, dado que sus consejos están basados en ideas preconcebidas acerca de qué es útil para una mujer o para un hombre en sus contextos socioeconómicos específicos, y no basados en información sobre las carreras —y su mercado laboral— ni en las habilidades de cada joven. Esto también pone a las mujeres en desventaja con respecto a los sueldos, porque, tal como lo notan Jaramillo y otros (2007), las jóvenes terminan trabajando en ocupaciones económicamente menos valoradas que aquellas en las que se emplean los varones.

Tal como se mencionó, en su mayoría son jóvenes rurales quienes siguen una trayectoria laboral; y, en este sentido, principalmente moldearían esas trayectorias las normas de género. La disponibilidad de apoyo familiar, sin embargo, les dio a los jóvenes rurales de nuestra submuestra un rango más amplio de opciones para su transición al mercado laboral. Sin el apoyo de sus familias, ellos probablemente habrían seguido trabajando en el campo; sin embargo, el apoyo de al menos un progenitor o un pariente de fuera de sus comunidades rurales les dio la oportunidad de obtener trabajos no agrícolas potencialmente mejor pagados en ciudades cercanas e incluso en Lima.

Por último, con respecto a la transición hacia la maternidad/paternidad, tener el apoyo de los padres hace más «suave» la experiencia. Una joven madre sin el apoyo de su familia debe lidiar con lo que implica conseguir vivienda y alimentación —para sí misma y para su hijo—, así como con los retos de la crianza. Por el contrario, cuando los progenitores están allí durante esta experiencia, dando consejos, pagando algunos gastos, proporcionando un hogar o ayudando a conseguir un trabajo gracias a los contactos familiares, los jóvenes —varones o mujeres— se encontrarán en mejor posición para manejar los retos de su nuevo rol.

6.3. Las trayectorias educativas y laborales no necesariamente contribuyen al desarrollo personal y profesional

A lo largo de sus vidas, tanto los cuidadores como el grupo de jóvenes de la submuestra han aspirado a progresar, y creen que la educación es la mejor manera de lograrlo. Debido a ello, los padres han invertido en su educación formal desde que eran pequeños, pero también les han transmitido habilidades y conocimientos relacionados con las actividades principales de la familia —educación informal—, con el fin de prepararlos con mayor amplitud para el futuro.

Paradójicamente, cuando observamos las trayectorias hacia la edad adulta, no queda claro si este proceso de aprendizaje continuo inicialmente fomentado por los padres está dándose todavía. Considerando, por ejemplo, las trayectorias postsecundarias, el análisis cualitativo revela que la educación terciaria quizá no haya cambiado sus vidas tanto como sus padres o ellas y ellos mismos esperaban. La evidencia de Niños del Milenio muestra que siguen un proceso de toma de decisiones bastante precario al momento de elegir sus estudios terciarios; y al mismo tiempo, deja claro, al menos en términos de su percepción, que carecen de la preparación suficiente para lidiar con los retos académicos de la educación superior.

Este escenario limita de por sí los esperados beneficios de una educación superior, sin siquiera tener en cuenta la calidad de las instituciones educativas a las que acceden, asunto que va mucho más allá del tema

de este texto. Una mala toma de decisiones puede llevar a cambiar de carrera varias veces o incluso a dejar los estudios, mientras que una inadecuada preparación académica puede tener como resultado un mal desempeño, que podría eventualmente afectar las oportunidades de obtener un buen trabajo. Según Guerrero (2013), quienes reciben orientación vocacional y preparación para los exámenes de admisión mientras están en el colegio tienden a mantenerse en sus estudios superiores. Por consiguiente, parece que el hecho de tener más apoyo en el colegio durante el proceso de toma de decisiones puede ayudar a encontrar un mejor camino para seguir la carrera. Esto es especialmente importante en un país donde solo 23% de jóvenes están trabajando en algo relacionado con aquello que estudiaron (Chacaltana y Ruiz 2012).¹²

No toda la población joven, sin embargo, está destinada o necesita tener estudios superiores. Hacer la transición al mercado laboral directamente después de la escuela secundaria es un rumbo legítimo que también debería permitir a cada quien el desarrollo y alcance de su máximo potencial. Sin embargo, el análisis cualitativo de los casos presentados en este documento muestra que la mayoría de quienes hicieron esa transición consiguieron trabajos que les ofrecían casi ninguna oportunidad de aprender y desarrollarse. Además de que ningún joven de la submuestra tenía un trabajo a largo plazo con beneficios completos de seguridad social, tampoco trabajaban en un lugar que invirtiera en el desarrollo de sus habilidades; por el contrario, se esperaba que aprendieran por su cuenta, o gracias a sus colegas, cómo hacer bien sus labores. Esta observación está corroborada por otra investigación que encuentra que la mayoría de jóvenes trabajan sin contrato, recibe una paga cercana al sueldo mínimo (Chacaltana y Ruiz 2012) y, por lo tanto, tiene poca estabilidad económica. Debido a esto, las oportunidades de salir adelante sin tener estudios superiores parecen bastante limitadas.

7. Conclusiones e implicancias políticas

Varios factores moldean las trayectorias de la gente joven, incluidos su estatus socioeconómico, su género y su zona de residencia. Además de estos factores individuales y familiares, las características del sistema educativo, el mercado laboral y las comunidades locales también afectan la transición hacia la adultez —por lo general, negativamente—, y el desarrollo personal y profesional. Con esta premisa, y a partir de los resultados planteados en este documento, sugerimos algunas recomendaciones concretas de política.

Los resultados sobre las trayectorias hacia la educación superior dejan en claro que, en el Perú, el proceso de toma de decisiones es bastante limitado, debido, hasta cierto punto, a la falta de información sobre qué y dónde estudiar, así como sobre las características del mercado laboral. Dada esta situación, deberían fortalecerse y difundirse con mayor amplitud iniciativas como Ponte en Carrera, un portal web lanzado por el Ministerio de Educación y el Ministerio de Trabajo y Promoción del Empleo, en el cual el público en general puede acceder a datos útiles sobre carreras, instituciones de educación superior y mercado laboral; además, este portal web brinda orientación vocacional para potenciales estudiantes de educación superior. Sin embargo, las búsquedas por internet deben complementarse con sesiones de orientación en los colegios, donde cada estudiante pueda trabajar con asesores de carrera y consultores profesionales para identificar sus motivaciones, intereses y habilidades, y descubrir cómo estos coinciden con ciertas carreras y el mercado laboral.

12 Según lo visto en la sección 3.2 de este texto.

También es necesario fortalecer las políticas públicas para promover el acceso a la educación superior. El programa nacional de becas, Beca 18, brinda a jóvenes con recursos económicos limitados y un desempeño académico excelente la oportunidad de estudiar en las mejores universidades e institutos tecnológicos del país; sin embargo, este programa tendría que afinarse con una política de género más explícita. En la actualidad, 55% de sus beneficiarios son hombres y 45%, mujeres. A pesar de que el acceso de mujeres a una educación superior se ha incrementado notablemente en los últimos años, hay aún ciertos grupos de mujeres que permanecen excluidas. Las jóvenes rurales y las madres adolescentes deberían ser clasificadas como grupos vulnerables y, por lo tanto, asignarles becas específicas a fin de ayudarlas a transitar hacia la educación superior.

Referencias bibliográficas

- Ames, Patricia (2013). ¿Construyendo nuevas identidades? Género y educación en los proyectos de vida de las jóvenes rurales del Perú, Documento de Trabajo 8, Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Ames, Patricia; Vanessa Rojas y Tamia Portugal (2010). Métodos para la investigación con niños: lecciones aprendidas, desafíos y propuestas desde la experiencia de Niños del Milenio en el Perú. Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).
- Anderson, Jeanine (2007). Género de cuidados. En Maruja Barrig (ed.), *Fronteras interiores* (pp. 71-93). Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).
- Benavides, Martín; Juan León, Frida Haag y Selene Cueva (2015). Expansión y diversificación de la educación superior universitaria y su relación con la desigualdad y la segregación. Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).
- Binstock, Georgina y Emma Näslund-Hadley (2010). Iniciación sexual, asistencia escolar y embarazo adolescente en sectores populares de Asunción y Lima: una aproximación cualitativa. *Debates en Sociología* 35: 45-67.
- Boyd, Chris (2014a). Decisiones de inserción laboral: el caso de los jóvenes rurales peruanos. *Economía* 37(74): 9-40.
- Boyd, Chris (2014b). Hijas, madres y abuelas. En Raúl Asensio y Carolina Trivelli (eds.), *La revolución silenciosa* (pp. 79-128). Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP) y Fondo Internacional de Desarrollo Agrícola (FIDA).
- Boyden, Jo (2013). We're not going to suffer like this in the mud: educational aspirations, social mobility and independent child migration among populations living in poverty. *Compare* 43(5): 580-600.
- Castro, Juan Francisco y Gustavo Yamada (2011). Brechas étnicas y de sexo en el acceso a la educación básica y superior en el Perú. En Cynthia Sanborn (ed.), *La discriminación en el Perú: balance y desafíos* (pp. 157-184). Lima: Universidad del Pacífico.
- CEPAL, Comisión Económica para América Latina y el Caribe (2013). Anuario Estadístico de América Latina y el Caribe, <http://www.cepal.org/publicaciones/xml/5/51945/AnuarioEstadistico2013.pdf> (acceso: 5 de agosto del 2016).
- Chacaltana, Juan y Claudia Ruiz (2012). El empleo juvenil en el Perú: diagnóstico y políticas. En Cecilia Garavito e Ismael Muñoz, *Empleo y protección social* (pp. 291-327). Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
- Clark, Alison y Peter Moss (2001). *Listening to young children: the mosaic approach*. Londres: National Children's Bureau.
- Crivello, Gina (2010). Becoming somebody: youth transitions through education and migration in Peru, *Journal of Youth Studies* 14(4): 395-411.
- Crivello, Gina; Vu Thi Thanh Huong y Uma Vennam (2014). Gender, Agency, and Poverty: Children's Everyday Experiences in Andhra Pradesh and Vietnam. En Michael Bourdillon y Jo Boyden (eds.), *Growing up in poverty: findings from young lives* (pp. 95-114). Basingstoke: Palgrave Macmillan.

- Crivello, Gina; Virginia Morrow y Emma Wilson (2013). *Young lives longitudinal qualitative research guide: a guide for researchers*. Technical Note 26. Oxford: Young Lives.
- Cueto, Santiago; Juan Escobal, Mary Penny y Patricia Ames (2011). *Tracking disparities: who gets left behind? Initial findings from Peru. Round 3 Survey Report*. Oxford: Young Lives.
- Cussianovich, Alexandra y Vanessa Rojas (2014). The role of formal education in the subjective well-being of teenagers in rural and urban Peru. En Michael Bourdillon y Jo Boyden (eds.), *Growing up in poverty: findings from young lives* (pp. 161-180). Basingstoke: Palgrave Macmillan.
- Darbyshire, Philip; Wendy Schiller y Colin MacDougall (2005). Extending new paradigm childhood research: meeting the challenges of including younger children. *Early Child Development and Care* 175(6): 467-472.
- Díaz, Juan José (2008). Educación superior en el Perú: tendencias de la demanda y la oferta. En Martín Benavides (ed.), *Análisis de programas, procesos y resultados educativos en el Perú: contribuciones empíricas para el debate* (pp. 83-129). Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).
- Docket, Sue y Bob Perry (2005). Researching with children: insights from the starting school research project. *Early Childhood Development and Care* 175(6): 507-521.
- Espinoza-Lecca, Eduardo y Raúl Choque-Larrauri (2015). El estado de la juventud en el Perú: situación actual e iniciativa para un cambio. En Hans Contreras (ed.), *Evidencia para políticas públicas en educación superior* (vol. 1, pp. 29-78). Lima: Programa Nacional de Becas y Crédito Educativo, Ministerio de Educación.
- Fuller, Norma (2001). *Masculinidades: cambios y permanencias*. Lima: Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú (PUCP).
- Garavito, Cecilia y Martín Carrillo (2004). *Feminización de la matrícula de educación superior y mercado de trabajo en el Perú: 1978-2003*. Reporte compilado para la UNESCO y el IESALC.
- Guerrero, Gabriela (2013). *¿Cómo afectan los factores individuales y escolares la decisión de los jóvenes de postular a educación superior?* Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).
- Guerrero, Gabriela (2014). «Yo sé que va a ir más allá, va a continuar estudiando». Expectativas educativas de estudiantes, padres y docentes en zonas urbanas y rurales del Perú. *Niños del Milenio, Documento de Trabajo* 64. Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).
- Guerrero, Gabriela y Vanessa Rojas (2016). *Understanding children's experiences of violence at home in urban and rural Peru: a qualitative longitudinal study*. Documento de Trabajo, Oxford & Florence: Young Lives y UNICEF Office of Research.
- Guerrero, Gabriela; Claudia Sugimaru, Alexandra Cussianovich, Bieke de Fraine y Santiago Cueto (2016). *Education aspirations among young people in Peru and their perceptions of barriers to higher education*. Documento de Trabajo 148. Oxford: Young Lives.
- Huaita, Marcela (2011). Adolescencia: por el respeto de los derechos sexuales y reproductivos. En *Sexualidad, reproducción y desigualdades de género* (pp. 24-30). Lima: PROMSEX y Manuela Ramos.
- Jaramillo, Manuel; Hugo Ñopo y Juan José Díaz (2007). *La investigación sobre el mercado laboral peruano:*

instituciones, capacitación y grupos desfavorecidos. Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).

León, Juan y Claudia Sugimaru (2013). Entre el estudio y el trabajo: las decisiones de los jóvenes peruanos después de concluir la educación básica regular. Lima: Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).

Mendoza, Walter y Gracia Subiría (2013). El embarazo adolescente en el Perú: situación actual e implicancias para las políticas públicas. *Revista Peruana de Medicina Experimental y Salud Pública* 30(3): 471-479.

Muñoz, Fanni; Patricia Ruiz-Bravo y José Luis Rosales (2006). El género y las políticas educativas en el Perú. En Patricia Ames (ed.), *Las brechas invisibles del Perú* (pp. 71-100). Lima: Instituto de Estudios Peruanos (IEP).

Nóblega, Magaly (2009). La maternidad en la vida de las adolescentes. Implicancias para la acción. *Revista de Psicología* 27(1): 29-54.

OCDE, Organización para la Cooperación y el Desarrollo Económicos (2014). *Education at a glance 2014: OECD indicators*. París: OECD, <https://www.oecd.org/edu/Education-at-a-Glance-2014.pdf> (acceso: 5 de agosto del 2016).

Rojas, Vanessa (2011). «Prefiero que me peguen con palo... las notas son sagradas». Percepciones sobre disciplina y autoridad en una secundaria pública en el Perú. Documento de Trabajo 70. Lima: Niños del Milenio; Young Lives.

Salazar, Diego y Kervin Manco (2015). ¿Quién accede a la educación superior en el Perú? Juventud y pobreza en estudiantes de educación universitaria y tecnológica superior. En Ernesto Rodríguez y Julio Corcuera (eds.), *Subjetividades diversas. Análisis de la situación política, económica y social de las juventudes peruanas* (pp. 187-210). Lima: UNESCO, Centro Latinoamericano sobre Juventud (CELAJU) y Secretaria Nacional de la Juventud (SENAJU).

Sánchez, Alan y Guido Meléndez (2015). Juventud y desarrollo: resultados iniciales del estudio Niños del Milenio. Cuarta ronda de encuestas en el Perú. Lima: Niños del Milenio; Instituto de Investigación Nutricional (INN); Grupo de Análisis para el Desarrollo (GRADE).

UNFPA, Fondo de Población de las Naciones Unidas (2015). Embarazo adolescente en el Perú. <http://www.unfpa.org.pe/publicaciones/publicacionesperu/UNFPA-Embarazo-Adolescente-Peru-2015.pdf> (acceso: 5 de agosto del 2016).

Yamada, Gustavo (2007). Retornos a la educación superior en el mercado laboral: ¿vale la pena el esfuerzo? Lima: Centro de Investigación de la Universidad del Pacífico (CIUP) y Consorcio de Investigación Económica y Social (CIES).

Apéndice: descripción de los lugares

Con el fin de mantener el anonimato de los entrevistados, utilizamos como nombres de los lugares de investigación el de la provincia donde está la localidad; o, si la población es de más de 40 000 habitantes, el nombre del distrito.

Rioja

Esta comunidad rural, ubicada en el Alto Amazonas, en el norte del Perú, está habitada por inmigrantes andinos de una región vecina, que hablan castellano. Los servicios básicos del pueblo incluyen el agua potable, pero no hay un sistema de desagüe. Desde el 2014 se podía acceder a internet en la escuela y en la municipalidad. En el pueblo hay una guardería, una escuela primaria y una escuela secundaria, así como una posta médica.

En Rioja la gente trabaja principalmente en agricultura y ganadería. El principal producto agrícola en la comunidad y en la región es el café, cultivo comercial con el que cuentan la mayoría de las familias. Observamos que los hombres de esta comunidad son los principales responsables del trabajo agrario, pero las mujeres también trabajan en el campo, y cuidan y ordeñan a las vacas. Desde muy pequeños, niños y niñas se involucran en actividades agrícolas menores como deshierbar y alimentar a los animales.

Andahuaylas

Esta localidad rural andina de la sierra sur del Perú es una de las zonas más pobres del país, con una comunidad en su mayoría quechuahablante. La región se considera una zona de posconflicto, debido a que sufrió seriamente la violencia política del país de 1980 a 1992. Los servicios básicos disponibles son agua potable, electricidad y letrinas. En el 2009 estuvo disponible para algunas familias un suministro limitado de electricidad. En el 2013 se instalaron teléfonos públicos y cabinas públicas de internet. El pueblo tiene una guardería, una escuela primaria y una de secundaria, un centro público comunitario de cuidado diario de niñas y niños (antes llamado Wawa Wasi, ahora Cuna Más), un PRONOEI (programa no formal de educación inicial, o programa de educación para la niñez temprana) y una posta médica pública.

Hombres y mujeres trabajan principalmente en agricultura —sembrando y cosechando—, y niños y niñas pasan más tiempo en los campos, en comparación con Rioja. Es bastante común que los niños sean responsables del cuidado del ganado desde los 8 años de edad (Ames 2013). La difícil situación económica de algunas familias hace que los padres deban trabajar como obreros para otras personas, además de tener que cultivar sus propios campos.

San Román

Esta comunidad urbana está ubicada en los Andes del sur del Perú, en la región de Puno. San Román es un centro económico y comercial. La ciudad está habitada por hispanohablantes, así como por miembros de los dos principales grupos indígenas: quechuas y aimaras. San Román tiene acceso a electricidad, agua potable y desagüe, así como servicios de telefonía e internet. Hay un colegio público de educación inicial y uno de primaria, así como algunos colegios privados, un hospital regional y un parque recreativo. Tam-

bién hay colegios de secundaria. En el 2011 algunas calles fueron pavimentadas para evitar inundaciones en las temporadas de lluvia. Entre las actividades más comunes están el comercio informal y trabajos en la industria textil.

Villa María del Triunfo

Comunidad urbana ubicada en la zona sur de Lima, la capital de Perú. El vecindario está habitado principalmente por migrantes de todo el país, así como por nuevas generaciones nacidas en Lima. Hay electricidad, agua potable y desagüe, así como servicios de telefonía e internet. La mayoría de las calles están pavimentadas. Hay algunos colegios, públicos y privados, escuelas de primaria y secundaria, así como un centro de salud.

Villa María del Triunfo es un distrito de clase trabajadora, cuyos habitantes emprenden actividades económicas diversas, tales como el comercio informal, el servicio doméstico en familias de clase media, trabajo en fábricas y en construcción. A diferencia de la situación en zonas rurales, ni las niñas ni los niños están involucrados en las actividades económicas de sus padres: usualmente van al colegio y luego se quedan en la casa mientras sus padres están trabajando.